

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Matryoshka

Matryoshka es el nombre que utiliza una enigmática agente de la KGB rusa cuyo prestigio es equivalente al de Baby de la CIA. Dicho nombre significa Madrecita, en ruso, y es un nombre acertado, porque Madrecita es un juguete, una preciosa muñeca de porcelana de vivos colores que en su interior tiene varias muñecas cada vez más pequeñas, una dentro de otra sucesivamente. Una curiosidad como otra cualquiera… si no fuese porque en París aparecen asesinados dos Simones, cada uno de ellos con una muñequita Matryoshka en la mano. Cuando Brigitte es informada de estos dos asesinatos, y de que Martryoshka va a emprender un viaje en el transatlántico «Copérnico», donde viaja la esposa de un desaparecido científico, ella también emprendo el mismo viaje, con la primordial intención de identificar a la misteriosa Matryoshka y pedirle unas sencillas explicaciones de colega a colega…



Lou Carrigan

Matryoshka

Brigitte en acción - 465

ePub r1.0
Titivillus 01-01-2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

Finalmente, después de su último enfrentamiento al ya más que preocupante personaje llamado «Yogui»[1], Brigitte había pasado unos días en Villa Tartaruga, viviendo su inextinguible amor con Número Uno. Ahora, estaba camino de Nueva York, donde debía reintegrarse a sus labores periodísticas en el Morning News…, si es que el espionaje se lo permitía.

Y nada más poner los pies en el aeropuerto parisino de Orly, donde tenía que hacer una escala antes de emprender vuelo definitivo a Nueva York, Brigitte supo que el espionaje no la dejaba en paz. Para bien o para mal, ella era la agente «Baby» de la CIA, y ésta no le permitiría descansar en tanto ocurrieran en el mundo sucesos de importancia y peligrosidad extremas.

¿Qué podía ocurrir ahora en el mundo que requiriese una vez más la intervención de la más astuta e implacable espía?

En la salida de la recepción de vuelos internacionales, mirándola fijamente, se hallaba nada menos que Simón-París, el hombre que no solamente ostentaba la jefatura de la CIA en todo el ámbito de la capital francesa, sino en todo el Norte del país galo. Cerca de él, muy discretos, pero perfectamente detectables para la experimentada agente Baby, había nada menos que cuatro agentes de la CIA, cada uno de los cuales, esto también lo detectó fácilmente la veterana espía, iba muy bien armado. Parecían hallarse allí por casualidad, ajenos a su jefe, pero lo cierto era que permanecían muy cerca de él y muy vigilantes.

Dejando que un empleado del aeropuerto se encargase de su más bien reducido equipaje, Brigitte se encaminó lentamente hacia donde sin duda alguna Simón-París la estaba esperando a ella. Hacía tiempo que se conocían, y para cada uno de ellos era un milagro que el otro consiguiese superar los peligros de su azarosa vida. Se entendían muy bien, como suele suceder entre personas de

la misma profesión que además son inteligentes.

—¿Cómo está, Simón? —Le tendió la mano Brigitte.

—Bien. ¿Y usted?

—A decir verdad, estupendamente. Por sorprendente que pueda parecerle a algunas personas, lo cierto es que cumplir años parece que en lugar de restarme vitalidad me proporciona algo así cómo una… renovación de ilusiones y de energías.

—La vida empieza cada día, ¿no es eso? —Intentó sonreír Simón.

—Cada día, no: cada instante. Lo malo es que también termina a cada instante, ¿verdad?

Simón-París desvió la mirada y murmuró:

—Usted ya sabe lo que he venido a decirle.

—Me temo que sí —asintió Brigitte—. Han matado a uno de nuestros muchachos, ¿no es así?

—No, no es así. No han matado a un Simón… Han matado a dos. Lo han asesinado. Fríamente, estúpidamente, sin motivo alguno.

Brigitte aspiró hondo, mientras asentía con un gesto apenas perceptible. Miró alrededor, cerciorándose de qué, en efecto, los cuatro agentes de la CIA que hacían de escolta de Simón-París estaban muy atentos a todo cuanto ocurría cerca de ellos. Era muy fácil para ella captar la tensión en aquellos hombres. Y en Simón-París, pese a que éste tenía un más que considerable control de sí mismo.

—¿Está seguro de eso? —murmuró la espía—. ¿Ellos no estaban haciendo algo inquietante o peligroso para alguien?

—Nada. Seguro. Sus nombres eran Arnold Carnegie y Peter Lewison. Éste acababa de llegar de Estados Unidos para incorporarse a la *station* de París; como suele decirse, apenas había tenido tiempo de deshacer el equipaje. En cuanto a Carnegie, había estado una semana de vacaciones en Bangkok, totalmente desligado de los asuntos europeos; esa semana se le debía hacía dos años. Todavía estaba bronceado y sólo hacía que hablar de las chicas tailandesas… Al parecer se lo pasó divinamente allí. Eso es todo.

Brigitte asintió de nuevo.

—¿Tenemos alguna pista? —inquirió.

—Me he permitido suponer que usted aceptaría hacerse cargo de

este asunto sea lo que sea lo que tenga que hacer y sea adonde sea que tanga que ir.

—Desde luego que sí.

—En ese caso, será mejor que continuemos la conversación en el coche. Podemos concretar muy bien todos los puntos mientras viajamos hacia El Havre. Salvo que a usted se le ocurra algo mejor creo que deberá hacer un largo viaje por mar: El Havre-Buenos Aires, con escalas en Madeira, Canarias, Dakar, Recife o Bahía… Un largo viaje.

—He estado hace poco en Madeira, precisamente. Hermosa isla. En cuanto a un viaje por mar es una de las cosas que menos me desagrada, Simón.

¿Puede encargarse uno de los muchachos de trasladar mi equipaje? Parece que el mozo está un poco impaciente por recibir su paga.

Todo se resolvió rápida, discreta y eficientemente, y pocos minutos más tarde Brigitte Montfort abandonaba el aeropuerto de Orly a bordo de un venerable, elegante… y blindado Mercedes Benz de los años sesenta, nada menos. En el mismo coche, sentado a su lado en el asiento trasero, iba, naturalmente, Simón-París. En los asientos delanteros, dos agentes de la CIA, uno de ellos conduciendo, el otro vigilante. Detrás del Mercedes circulaba otro coche, un sólido Tiburón en el cual viajaban tres agentes de la CIA.

Era un día húmedo de primavera. Brigitte se desentendió del clima, del paisaje y de la ruta. Sabía que se dirigían directamente a El Havre, y eso era todo cuanto le importaba en ese sentido.

Simón le tendió unas cuantas fotografías, que mostraban a los agentes Carnegie y Lewison cadáveres. A Carnegie, según explicó Simón mientras Brigitte miraba las fotografías, le habían disparado tres veces a quemarropa en pleno rostro, y, absurdamente y hasta sádicamente, le habían rematado de dos disparos más en pleno corazón. A Lewison le habían degollado atacándole por detrás, habían rematado el «trabajo» terminando el degüello meticulosamente, y luego le habían partido el corazón con tres certeras y escalofriantes cuchilladas.

Brigitte estaba lívida.

—Esto no es normal —jadeó—… Esto es obra de un loco. ¿Dónde lo mataron?

—A Carnegie, muy cerca de la *station*, cuando hacía unos minutos que había terminado su turno y tenía una cita con una chica para cenar. A Lewison lo sorprendieran en el portal del edificio donde tenía su apartamento.

—Tiene que ser cosa de un loco —insistió Brigitte—… O de un error.

—Me permito suponer que ha oído usted hablar de Matryoshka.

Brigitte Baby Montfort se irguió vivamente, y miró con expresión súbitamente alerta, reanimada, interesadísima, al jefe de la CIA en París.

—¡Qué pregunta! —exclamó—. ¡Esto es como si en Rusia le preguntaran a Matryoshka si había oído hablar de Baby! ¡Claro que he oído hablar de mi formidable colega qua utiliza el nombre de «Madrecita»![2].

Simón-París sacó del portafolios dos pequeñas muñecas pintadas con vivos y alegres colores, y las mostró a Brigitte, que se quedó mirándolas un tanto desconcertada.

Conocía aquella clase de muñecas: se vendían en Rusia como *souvenirs* muy típicos, y eran conocidas en todo el mundo por su peculiaridad: cada muñeca «Matryoshka» podía funcionar como si fuese una caja, y contenía en su interior otra muñeca parecida, un poco más pequeña, que a su vez contenía otra muñeca un poco más pequeña, que a su vez contenía otra muñeca un poco más pequeña…, y así hasta que en el volumen de lo que parecía una sola muñeca había, a veces, diez o doce y hasta más muñecas, cada una de tamaño más reducido que la anterior, lógicamente, y todas ellas pintadas de vivos colores con el traje típico de la campesina rusa, o atuendos folklóricos… No tenía nada de sorprendente que la magnífica espía rusa que se hacía llamar Matryoshka hubiera adaptado aquel nombre para sus acciones y misiones. Desde hacía años, la agente soviética Matryoshka se había convertido en algo así como la Baby de los servicios secretos rusos. Y, tal como sucedía con la auténtica Baby, nadie sabía cómo era y dónde podía ser hallada la espía Matryoshka.

—Carnegie tenía esta muñeca en su mano derecha —susurró Simón—… Lewison, esta otra.

Brigitte bajó lentamente la mirada a las muñecas de alegres colores y simpáticos rostros sanos y coloradotes que representaban

campesinas rusas. Fue mirando de una a otra, muy, muy lentamente. La que había en la mano derecha de Simón, es decir, la que había sido hallada en la mano de Carnegie era más grande que la otra, la que había sido hallada en la mano de Lewison.

Los coches de la CIA seguían circulando hacia El Havre.

Tras lo que pareció una eternidad, Brigitte alzó de nuevo la mirada hasta los ojos de Simón-París.

—¿Quiere decir que debemos interpretar que a Lewison y a Carnegie los ha matado Matryoshka? —susurró—. ¿Y que les ha dejado a cada uno una muñeca «Matryoshka» para que sepamos que ha sido ella? Eso es absurdo.

—¿Por qué no ha podido ser ella, por qué le parece absurdo?

—No digo que no haya podido ser ella —puntualizó Brigitte—, pero ¿por qué habría de hacerlo? Ya sé, usted va a decirme que quizá Matryoshka me está tendiendo alguna trampa, pero si se tratase de eso ya hace años que lo habría intentado, ¿no le parece?

—Quizás hasta aliara no se consideraba preparada. Y quizás estas dos muñecas sean solamente las primeras de toda una familia «matryoshka».

—¿Quiere decir que Matryoshka puede estar planeando el asesinato de tantos agentes de la CIA como muñequitas caben en una «matryoshka»?

¿Y que a cada agente de la CIA asesinado le dejará en la mano una de las muñecas del juego completo de una «matryoshka»?

—Se me ocurrió pensar eso, en efecto —admitió Simón—, pero, casi al mismo tiempo, nos llegó una… sorprendente e interesante noticia de uno de nuestros mejores agentes camuflados en el servicio diplomático en Moscú: la agente rusa Matryoshka va a viajar por mar.

—No me lo diga —susurró Brigitte—… ¿Hemos sabido que Matryoshka va a hacer el viaje El Havre-Buenos Aires?

—En el transatlántico Copérnico —asintió Simón—… Es decir, el mismo para el cual le hemos sacado pasaje a usted. Mejor dicho, le hemos sacado dos pasajes. Uno, a nombre de Brigitte Montfort, por si usted desea hacer el viaje digamos… normalmente. Otro, a nombre de Galina Cherkova, ciudadana rusa, pues sabemos que usted siempre lleva en su maletín un pasaporte a ese nombre. O sea, que dispondrá usted de dos camarotes para el viaje, separados y

alejados uno del otro.

Simón le tendía los pasajes a Brigitte, que los metió en su maletín y volvió a mirar al veterano espía.

—Veamos —murmuró—... Matryoshka ha sido siempre muy cauta y muy inteligente. Digamos que, como yo misma, se las ha sabido arreglar para hacer su trabajo y desaparecer prácticamente sin dejar rastro alguno; también como yo, ella aparece inesperadamente, nunca se sabe dónde va a operar. Lleva años operando de ese modo. ¿Cierto?

—Cierto.

—Y ahora, de pronto, asesina estúpidamente a dos agentes de la CIA y al mismo tiempo nos enteramos de que va a estar un buen número de días nada menos que en un barco, donde por bien que se esconda corre el razonable peligro de ser rastreada y localizada no ya sólo por mí, sino por todo un escuadrón de agentes de la CIA que podrían viajar en el Copérnico con el exclusivo objeto de atraparla y hacerle pagar esos dos asesinatos... ¿Le parece que eso tiene algún sentido?

—Sólo uno, y está relacionado de nuevo con nuestro magnífico informador residente en Moscú. Este informador no sólo nos ha dicho lo del viaje de Matryoshka, sino el motivo de ese viaje. En conjunto es todo una noticia sorprendente, como ya le he dicho.

—Está bien: ¿cuál es ese informe de nuestro hombre en Moscú?

—¿Ha oído usted hablar del profesar Sergei Kichief?

—No. ¿De qué es profesor?

—Parece que está relacionado con ciertas investigaciones biológicas rusas.

—Investigaciones biológicas... No, no he oído nunca el nombre de ese profesor. Lo recordaría.

—Lo sé. En realidad, digamos que el profesor Kichief no ha sido hasta ahora una persona relevante en ningún sentido. No hace mucho él y su esposa hicieron un viaje de placer por Europa, casi preferentemente por Francia. Las últimas noticias del profesor Kichief, precisamente, lo sitúan en París, junto con su esposa.

—¿Y dónde está ahora?

—Ha desparecido.

—¿Sergei Kichief ha desaparecido?

—Así es.

—¿Y su esposa? ¿También ha desaparecido?

—No —sonrió secamente Simón-París—… Su esposa ha adquirido pasaje para hacer un viaje por mar.

—¿En el Copérnico, a Buenos Aires, con escalas en Madeira, Canarias, Dakar y Recife o Bahía?

—Exactamente.

—Chocante.

Brigitte tomó las dos muñecas que formaban parte del juego completo de una «matryoshka», y estuvo mirándolas largamente, en silencio. Por fin, sin dejar de mirar una y otra simpática muñeca, dijo:

—Juguemos un poco a las hipótesis, aunque no es precisamente de mi gusto… Veamos: el profesar Sergei Kichief y su esposa salen de Rusia al parecer dispuestos a tomarse unas simpáticas vacaciones; el profesor Kichief desaparece, y su esposa se dispone a abordar el Copérnico para hacer la travesía El Havre-Buenos Aires; en Rusia, la hasta ahora hermética e invisible espía Matryoshka recibe órdenes de tomar ese mismo transatlántico, sin duda para, siguiendo a la esposa de Kichief, encontrar a éste, que al parecer se ha convertido en un traidor desertor, posiblemente llevándose como bagaje algún secretillo sobre las investigaciones biológicas rusas… La idea consiste en que Kichief, de un modo u otro, se reunirá con su esposa, ya sea en el barco o en alguna de las escalas de éste, o quizás en el punto final del viaje, mi Buenos Aires querido… Así que Matryoshka debe seguir, vigilar a la señora Kichief hasta que aparezca el profesor. Entonces, obedecerá las órdenes recibidas en Moscú: lo pondrá en camino de vuelta a Rusia, o bien lo eliminará. ¿Qué le parece?

—Es una hipótesis perfecta. Todo encaja… Menos los asesinatos de Carnegie y Lewison.

—Tal vez ellos se enteraron de algo sobre este asunto…

—Le digo que no —rechazó Simón-París—… ¿Cree usted que no me habrían avisado inmediatamente? Escuche, estamos hablando de Matryoshka, no de uno de nuestros colegas cualquiera, esos muchachos soviéticos que se pasean por los Campos Elíseos los mediodías de sol y con los cuales incluso nos saludamos jocosamente en ocasiones… ¡Maldita sea, nadie desdeñaría de ninguna manera la oportunidad de cazar a Matryoshka, igual que

nadie desdeñaría la oportunidad de cazar a Baby! Si ellos hubiesen tan sólo olido a Matryoshka en París me habrían avisado inmediatamente. Y lo mismo si hubieran sabido algo del asunto de la desaparición de Kichief… ¿No le digo a usted que los dos estaban prácticamente desconectados de las últimas actividades del servicio?

Brigitte volvió a mirar las muñequitas «matryoshka» que tenía en las manos.

—Es un buen jeroglífico —murmuró.

—Todo el mundo de la profesión sabe que cuando asesinan a uno de los muchachos de la CIA, a uno de los Simones de la agente Baby, ésta entra en juego inmediatamente —murmuró Simón—… Si analizamos todo este asunto que no parece encajar completamente, podemos… sospechar que todo es un montaje perfecto para atraer a alguien.

—¿A mí?

—El cebo es de lo más suculento —gruñó Simón-París—: dos Simones asesinados, un profesor de biología que deserta del paraíso soviético, la intervención nada menos que de Matryoshka… ¡Demonios, es como un gigantesco pastel para un niño goloso!

—Yo no soy golosa.

—En ese caso —apuntó tímidamente Simón—, quizá sería mejor que usted no tonase ese transatlántico.

—Ya tengo el pasaje. Mejor dicho, dos pasajes. Y ha sido usted quien me los ha proporcionado.

—Bueno, yo no podía dejar de hacer mi parte sabiendo que dos Simones habían sido asesinados. Usted se habría enterado de todos modos seguramente antes de llegar a Nueva York, y se habría enfadado mucho conmigo por no haberla avisado y haber dado lugar así a pérdida de tiempo y hasta posiblemente pérdida del Copérnico, que habría querido abordar entonces en una de sus escalas… Yo tenía que facilitárselo todo, y lo he hecho. Pero tengo derecho a exponer mi opinión, ¿no le parece?

—Desde luego.

—Pues mi opinión ya la he dicho: es un pastel demasiado suculento. Maldita sea mi estampa, Baby, ¡todo esto es una maldita, cochina y gigantesca trampa…, Y USTED LO SABE!

—¿Puedo quedarme estas dos muñecas?

—Desde luego. Pero no entiendo para qué demonios las quiere.
—Son de Matryoshka, ¿no? Pues se las devolveré.

Capítulo II

Una de las cosas buenas que tienen los viajes por mar es que nadie tiene prisa. Sería inútil tenerla, puesto que el barco no navegará más rápidamente por mucha prisa que tengan sus pasajeros. Por otra parte, nadie que tenga prisa en nuestros días viaja en barco, teniendo a su disposición el avión, de modo que, en definitiva, la gente que viaja en barco actualmente suelen ser, en general, personas bien dispuestas a tomarse las cosas con calma y disfrutar del viaje, es decir, en suma, pasarlo lo mejor posible.

Tal vez sea por eso que en los muelles suele haber siempre un ambiente más amable y festivo que en los aeropuertos, donde todo es prisa y nerviosismo.

Y tal vez era por eso que a la señorita Montfort le habían encantado siempre los muelles, especialmente cuando un transatlántico de lujo estaba listo para zarpar. Gente variopinta, bienhumorada, contenta, que se las promete de lo más felices en un barco que tiene de todo, desde cine a piscina, desde tenis de mesa a televisión, desde los mayores refinamientos gastronómicos a discoteca…

Estupendo.

Todo magnífico.

Sin embargo, no todas las personas que iban a emprender aquel viaje en el lujoso Copérnico llevaban buenas intenciones, ni habían tomado el barco para relajarse y disfrutar de la vida. Era una lástima.

Por ejemplo, Marya Kichief, la esposa del desaparecido profesor ruso de biología, seguro que no se las prometía muy felices en aquel viaje. Aun suponiendo que fuese tonta (y sin duda no lo era) ella debía de saber muy bien que la KGB debía de estar buscando a su marido. Y si buscaba a su marido forzosamente tenía que vigilarla a ella. Esto era tan elemental que no valía la pena ni siquiera

comentarlo.

Ahora bien, puesto que Marya Kichief no había desaparecido, sino que en todo memento había permanecido visible y controlable en París, había que llegar a dos inevitables y simplísimas conclusiones, a saber: a) donde estuviera Marya estaría la KGB, a la expectativa de que el profesar Kichief apareciera para reunirse con ella, y b) tanto el profesor Kichief cano su esposa debían de saber esto perfectamente, de modo que habrían tomado sus muy buenas medidas para en definitiva y al final del viaje escapar de las poderosas garras de la KGB.

Quien no tuviera en cuenta estos dos puntos era tonto. Y como la señorita Montfort no era tonta ni por lo más remoto, había llegado a su vez a dos simplísimas conclusiones que no pensaba olvidar, a saber: a) que debía andarse con muchísimo cuidado con la KGB, que sin duda se hallaría representada en el Copérnico no sólo por Matryoshka, sino por otros agentes que tendrían la misión de apoyarla, por mucho que se dijera que Matryoshka siempre trabajaba sola, y b) que las medidas de protección tomadas por el profesar Kichief y su esposa podían incluir la del cambio de personalidad, es decir, que hubieran conseguido ambos pasaportes falsos, hubieran alterado su aspecto físico suficientemente, y, en consecuencia, ni Matryoshka ni Baby lograsen identificar y por tanto tener vigilados a los Kichief. Esto último duplicaba una dificultad suplementaria que no le hacía ninguna gracia a Brigitte, pues ponerse a indagar entre más de quinientos pasajeros la personalidad de dos fugados rusos era una actividad no sólo laboriosa, sino muy comprometida.

De modo que si, en efecto, los Kichief se habían provisto de nueva identidad y nuevos aspectos, las cosas se iban a complicar muchísimo, pues al no estar ellos localizables tampoco se dejaría ver Matryoshka vigilándolos a ellos.

Y por último, otra eventualidad que Baby había tenido muy en cuenta en todo momento: podía ser que Marya Kichief hubiera adquirido pasaje en el Copérnico, cosa que estaba comprobada, pero no significaba que fuese a viajar en el Copérnico, ni mucho menos. Tal vez precisamente no había ocultado su adquisición de pasaje en el Copérnico para atraer hacia éste a la KGB mientras ella o bien permanecía en Francia o salía de este país en dirección a

cualquier otro y por cualquier otra ruta o medio de transporte. En este último caso, tanto la KGB representada por Matryoshka, como la CIA representada por Baby, quedarían con dos palmos de narices, y la espía soviética podría efectuar el viaje y regresar a Rusia sin que la espía americana la hubiese detectado y hubiera vengado los asesinatos de los dos Simones en París…

Allá estaba Marya Kichief.

Aunque su expresión continuó siendo apacible y hasta risueña, la señorita Montfort, que había estado junto a la borda del transatlántico contemplando la llegada de los restantes pasajeros, contempló con recelo a la recién llegada Marya Kichief.

No sólo Simón-París le había mostrado algunas fotografías de periódicos de los esposos Kichief, sino que, además, se había quedado en el muelle, conviniendo con Brigitte que cuando Marya Kichief apareciese y se dispusiera a abordar el barco, él se tocaría dos veces la barbilla, y que acto seguido daría media vuelta y se alejaría, emprendiendo regreso a París.

Y eso acababa de hacer Simón, del cual se desentendió Brigitte para dedicar toda si bien disimulada atención a la señora Kichief, que recorría la amplia pasarela de acceso a la cubierta de recepción, seguida por los botones del barco que se habían hecho cargo del equipaje tras descargarlo del taxi en el que había llegado la dama rusa al muelle.

Marya Kichief aparentaba unos sesenta años, y no era una mujer bella, ni mucho menos, pero tenía una cierta distinción en su actitud, y resultaba casi elegante en su delgadez adornada con vestidos sin la menor duda adquiridos recientemente en París. Sus cabellos eran blancos, sus ojos oscuros, su tez pálida, sus labios delgados. No era la clase de persona a la que se mira dos veces, y la impresión que se recibía en la primera vez era de una persona inofensiva e insignificante. Ni siquiera se maquillaba o tan sólo se pintaba los labios. Era de una austeridad admirable por lo poco corriente.

Apoyada en la borda de la cubierta superior, donde se hallaban los camarotes de lujo, Brigitte estuvo contemplando con indiferencia pero sin disimulo a Marya Kichief hasta que ésta desapareció en el interior del barco en pos del empleado encargado de conducirla a su camarote.

Muy bien, Marya había llegado.

¿Había llegado también Sergei Kichief?

¿Y Matryoshka? ¿Había llegado ya Matryoshka al Copérnico…?

—Perdone… ¿No es usted la periodista Brigitte Montfort, de los Estados Unidos? —Oyó en inglés.

Brigitte volvió vivamente la cabeza, y vio junto a ella al más bello y encantador ejemplar de espía soviético que pudiera imaginarse. Medía casi metro noventa, era rubio de ojos azulgris y larga melena fascinante, de pasmosas proporciones atléticas, y vestía como un auténtico caballero británico que ha hecho del deporte y la buena vida, siempre con elegancia, la ley de su vida.

Era un pasmo de belleza, encanto y virilidad, y a sus cuarenta años debía de resultar un sujeto más apto para romper corazones femeninos desde las pantallas cinematográficas que para cualquier otra cosa. Sin embargo, la señorita Montfort, es decir, la agente Baby, supo enseguida, con su especial olfato adquirido en tantos años de espionaje, que aquel hombre encantador era un espía ruso.

—Sí —sonrió—… En efecto, soy Brigitte Montfort.

—¡No puede imaginarse cuantísimo placer me causa conocerla! Yo también soy periodista, pero ni mucho menos de su categoría… ¡Soy su más entusiasta admirador! ¿Me permite que me presente?

—Por supuesto.

—Ignacio Aksakov, de la revista *Tovarich*, de Leningrado… ¿La ha leído alguna vez?

—Me parece que no —se condolió Brigitte.

—Me lo temía. Pero le aseguro que es una buena revista, de contenido sumamente interesante, entre lo cultural y digamos lo… cosmopolita. Yo soy el director y principal reportero de la sección Viajes.

—Me complace conocerle, señor Aksakov.

—Es usted muy amable. No quiero parecer uno de esos atolondrados conquistadores de baja estofa, pero… ¿aceptarla cenar conmigo en uno de los comedores de abajo?

—¿De abajo? —Alzó las cejas Brigitte—. ¿No hay comedores en nuestra cubierta?

—Sí. Es decir, hay comedores en esta cubierta. Pero sucede que yo no viajo en su clase, sino sólo en primera clase. La vi desde la cubierta, y decidí subir para entablar relación con usted. Jamás me

habría perdonado a mí mismo verla y no concederme el placer de conocerla personalmente y conversar con usted. Se me ocurre que quizás aceptaría echarle un vistazo a mi revista… ¡Siempre llevo en mi equipaje algunos ejemplares, naturalmente!

—¡Naturalmente! —rió por fin Brigitte—. Lo haría con mucho gusto, señor Aksakov, pero me temo que no me enteraría prácticamente de nada, pues no leo el ruso. Lo siento. ¿O quizá tienen ediciones en otros idiomas?

—No —masculló el ruso—. Vaya, ha sido una tontería por mi parte, discúlpeme. ¿Cree usted que puede haber algo que nos impida cenar juntos?

—Pues no lo sé —volvió a reír Brigitte—, pero ciertamente no sería el idioma, ya que habla usted el inglés estupendamente.

—Para ir por el mundo hay que hablar inglés. Entonces… ¿puedo considerarla mi invitada a cenar?

—De acuerdo.

—¿A las siete y media en el comedor La Moutte?

—Siempre soy puntualísima, se lo advierto.

—Magnífico. Todavía no puedo creerlo: ¡acabo de citarme para cenar con la primera periodista del mundo!

Brigitte sonrió, mientras su mirada se desviaba brevemente hacia Marya Kichief, que acababa de aparecer en la cubierta y se acercaba a la borda. Desde ésta, miró hacia la pasarela, la cual recorrían en aquel memento tres pasajeros, evidentemente norteamericanos y evidentemente dotados de ese «encantador» carácter yanqui que los impulsa a hacer amigos en todas partes y apoderarse de la voluntad de las gentes…

Eran dos hombres y una mujer. Ésta era una belleza rubia absolutamente fuera de serie, elegante, soberbia, espléndida, de apenas treinta años. Los dos hombres debían de tener alrededor de treinta y cinco, y eran asimismo dos bellos ejemplares humanos, hermosos, atléticos, saludables… Uno de ellos había dicho algo que hacía reír deliciosamente a la rubia…

—Va a tener usted compatriotas con los que pasarlo bien —comentó Ignacio Aksakov—… Quiero decir que parecen personas divertidas.

—A veces, las personas divertidas llegan a hacerse cargantes.

—Sí, es cierto —sonrió el ruso—. Bueno, procuraré no parecerle

demasiado divertido. Y ahora, si me permite, la dejo. Vamos a zarpar pronto, y todos tenemos que poner un poco de orden en nuestros camarotes… ¿Su destino es Buenos Aires o abandonará antes el barco?

—Todavía no lo tengo decidido, de modo que saqué pasaje hasta Buenos Aires. En realidad todo depende de lo que tarde en reunir en Dakar cierta información para mi compañero Minello, de la Sección Deportiva del Morning News.

—Oh, sí, también conozco el prestigio de Frank Minello como periodista deportivo. Es un hombre de gran talento y eficacia periodística.

—Estoy segura de que a Frankie le encanará escuchar esto. Pero a veces tiene ideas raras… Imagínese que tengo que conseguirle determinada información y documentación para escribir un reportaje sobre el rallye París-Dakar, que terminó hace más de tres meses.

—Se me ocurre que un periodista de la talla de Minello habrá tenido alguna idea al respecto digna de ser tenida en cuenta.

—Seguramente es así.

—Bien… Hasta luego.

—Hasta luego —le tendió la mano Brigitte.

El ruso la estrechó, y se alejó, descendiendo a la cubierta de primera clase…, mientras Brigitte regresaba discretamente su atención a Marya Kichief, que continuaba junto a la borda. Los tres norteamericanos aparecían en aquel momento en la cubierta de lujo, cruzándose con Aksakov, que ni siquiera los miró… Marya sí los estaba mirando, como afectada por un extraño éxtasis o fascinación. Ellos pasaron cerca de la rusa, sin mirarla, pero sí mirando a Brigitte, con un gesto como entre perplejo y reflexivo… No tardarían mucho en obtener de sus distraídas memorias la información de que la espléndida mujer de ojos azules que les miraba inexpresivamente era Brigitte Montfort, Premio Pulitzer de Periodismo, una de las glorias del periodismo americano, ex reina de Atlantic Kingdom, ex candidata a nominación para la presidencia de los Estados Unidos de América[3]…

Marya dejó bruscamente de mirar a los tres jóvenes americanos, y regresó toda su atención al muelle. Brigitte encendió un cigarrillo, como distraída, y también miró hacia el muelle. ¿Significaba

aquella mirada de Marya que esperaba la llegada de su marido, que éste todavía no estaba en el barco? Y si era así… ¿se presentaría Sergei Kichief tan abiertamente como su esposa? Esto era difícil de creer, ciertamente…

La lógica predominó en esta ocasión: no apareció Sergei Kichief, ni nadie parecido a él. De modo que cuando, finalmente, el Copérnico zarpó, Brigitte había obtenido nuevamente dos conclusiones: o Sergei Kichief había abordado el barco antes de que ella se apostara en la borda para contemplar a todos los pasajeros que iban llegando, o, lo más creíble y hasta prudente por parte de Kichief, éste enviaba a su esposa hacia Buenos Aires arrastrando tras ella una masa de espías, y mientras tanto él tomaba otro rumbo y hasta, posiblemente, otro destino.

Sergei Kichief, investigador biológico ruso… ¿Qué descubrimiento científico había hecho o había robado Kichief en Rusia y qué se proponía hacer con él?

Brigitte tenía por cierta una cosa: nada bueno. Su experiencia así se lo indicaba.

¿Y Matryoshka? ¿Cómo era, dónde estaba en aquellos mementos, qué estaba tramando Matryoshka…?

Desistiendo de ver zarpar el barco, Brigitte se dirigió a su camarote, el M. Fácil de recordar: M, de Montfort. Entró en él, cerró, y se dedicó a colocar sus cosas en los armarios. El barco seguía maniobrando para salir de los muelles de El Havre. Eran las seis de la tarde.

Bip-bip, captó el leve zumbido el finísimo oído de la espía americana, que se quedó mirando atónita su maletín rojo con florecillas azules estampadas. Oh, tenía que haber oído mal, desde luego. Alucinaciones acústicas. Nadie podía llamarla por radio en aquel memento, pues llevaba colocada la onda de la zona de París, y puesto que la pequeña radio no llevaba acoplado el suplemento para larga distancia no podía recibir llamadas de nadie de la CIA. O sea, que le había parecido oír una llamada de radio, pero no.

Claro que no.

Bip-bip, zumbó de nuevo la radio.

Brigitte abrió el maletín, sacó el paquete de cigarrillos que contenía camuflada la pequeña radio, y tiró de uno de los cigarrillos, admitiendo la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—A sus órdenes —dijo una voz de hombre, en inglés—… Puede usted llamarnos cuando guste, durante las veinticuatro horas del día.

—¿Y quiénes son ustedes?

—Simón I y Simón II. Yo soy Simón I, y soy rubio. Nuestro compañero es pelirrojo.

—Me parece que aquí hay alguna jugada sucia o algún malentendido, amiguitos —dijo fríamente la divina espía—: en este barco no viaja ningún Simón. Yo lo ordené así expresamente, de modo que sea quien sea usted…

—Espere, espere… Ya nos advirtieron que usted se iba a enfadar mucho, pero piense que nosotros dos no tenemos la culpa, pues simplemente obedecemos órdenes… Lo cual hacemos muy a gusto, pues si hay algo por lo que estemos dispuestos a jugarnos la piel sin vacilar es la seguridad de usted. De modo que aquí nos tiene, en el camarote…

—¡Ni una palabra más! ¡No quiero saberlo!

—Por favor, no se enfade. Entiéndalo; Simón-París no ha querido dejarla sola en esto, y la ha desobedecido colocándonos a nosotros en el barco. No se enfade con nosotros.

Brigitte frunció el ceño, aspiró hondo, y terminó por sonreír, aunque todavía enfurruñada.

—Está bien. No los voy a tirar por la borda, ¿verdad? ¡Pero desembarcarán ustedes en el primer puerto que toquemos, ¿está claro?! Mientras tanto, permanezcan en su camarote y no se compliquen la vida ni me la compliquen…

—Caramba, tampoco somos tan tontos —protestó el agente de la CIA.

—No lo digo porque crea que son tontos, ni mucho menos. Pero ya me han matado dos muchachos en este asunto, y no quiero que me maten otros dos, ¿lo entienden ahora?

—Desde luego. Y perdone. Pero lo que nosotros deseamos…

—Lo que deseo YO es que se queden ustedes en su camarote, y se dediquen a leer, dormir, hacer solitarios, ver televisión o conversar sobre la importancia y trascendencia de la vida. Pidan los mejores platos, beban del mejor champán francés hasta hartarse, hagan gimnasia, bailen… ¡Hagan lo que les dé la gana, pero no

salgan de ahí sin mi permiso! ¿Está esto suficientemente claro para ustedes?

—Sí.

—Pues vamos a ver si se atreven a desobedecerme.

Sin más, Brigitte cortó la comunicación, y acto seguido, todavía irritada, procedió a revisar el doble fondo del maletín, y su pistola de repuesto, así como los pasaportes, especialmente el que llevaba siempre a nombre de Galina Cherkova, ciudadana rusa.

«—Me parece —pensó Brigitte— que no voy a necesitar este pasaporte, ni el camarote a nombre de Galina Cherkova…».

Pero incluso la agente Baby podía equivocarse…

Capítulo III

A las siete y media en punto Brigitte hacía su entrada en el comedor La Moutte, de la primera clase. Lucía un discreto y elegantísimo vestido de noche, y su belleza era tal, tan espléndida y serena, que durante unos segundos pareció que todo el mundo se hubiera quedado sin respiración en el comedor.

E incluso privados de la capacidad del movimiento. De repente, todo volvió al ritmo normal. La sonriente Brigitte vio a Ignacio Aksakov acercándose a ella, plasmado en su atractivo rostro la intensa admiración.

—Ver para creer —llegó diciendo el ruso—… Pero yo sigo pensando que esto es un sueño.

—¿Quiere decir que yo soy un fantasma? —sonrió Brigitte.

—¡Por supuesto que no! Quiere decir que es natural que uno se resista a creer que sus sueños se conviertan en realidad. Además, lo fantasmas no son cosa de sueños… Usted sí es un sueño, pero no los fantasmas.

—¿Qué son los fantasmas?

—Los fantasmas son seres reales que sólo se dejan ver por las personas elegidas.

Brigitte quedó un instante atónita. Luego, se echó a reír.

—Bueno —exclamó—, podemos hablar de eso durante la cena.

—De acuerdo —le tendió el brazo Aksakov—… ¡Pero se nos ocurrirán temas mejores!

Un camarero apartó la silla para Brigitte cuando llegaron a la mesa del ruso Aksakov, que pidió un aperitivo para cada uno. El camarero se alejó, dejándolos a ambos en consulta de la carta. Brigitte comprobó que, como era de esperar, había muchos platos exquisitos y exóticos en la lista… Pero no se complicó mucho la vida: pidió ensalada, pescado, y para beber simplemente champán brut. Aksakov pidió sopa de cangrejo y luego carne a la pimienta,

dejando pasmada a la espía americana. El camarero que les había servido los aperitivos se alejó con sus pedidos para la cena, y Brigitte miró con simpático desparpajo a su alrededor, sorprendiendo no pocas miradas clavadas en ella.

—Supongo —dijo Aksakov— que los pasajeros de la clase de lujo deben de ser más discretos.

—Estoy acostumbrada a que me miren —replicó Brigitte—. Es una de las casi molestas consecuencias de ser famosa.

—No creo que la miren por eso. Al menos, no sólo por eso. Quiero decir que tengo la certeza de que la miran más por su belleza que por cualquier otra cosa. Permítame decirle que usted no es corriente.

—Usted tampoco.

—Sí —torció el gesto Ignacio—, ya sé que soy demasiado guapo. Es una de esas cosas que uno no puede evitar.

—¿Le gustaría ser feo? —rió Brigitte.

—Tampoco es eso —frunció el ceño el ruso—… Me conformaría con ser díganos normal: medir un metro setenta y pico, ser moreno, ojos oscuros, y complexión menos atlética.

—Es decir, la clase de persona que siempre pasa desapercibida.

—Es más cómodo eso que lo nuestro.

—Espero que no se eche usted a llorar por ser alto, guapo y tan encantador, Ignacio.

—Preferiría ser menos alto, menos guapo, menos encantador… y más inteligente.

—¡Huy! ¡Eso sí que es pedir demasiado!

Se echaron a reír los dos. Al fondo del comedor La Moutte había una orquestina tocando suavemente música de *Suppé*. El ambiente era muy agradable, relajado, propio de personas que se disponen a gozar durante unos días de la vida y de sus pequeños placeres. En primera clase había damas enjoyadas, y caballeros muy apuestos. En todas las mesas había un delicado búcaro con flores. Un amplio ventanal corrido daba a la cubierta; a través de los cristales se veía la oscuridad densa de la noche.

—¿Me ha traído algún ejemplar de su revista? —inquirió Brigitte.

—¡Qué memoria la mía…! —exclamó Ignacio, sobresaltado—. Bueno, puedo mostrársela mañana. O ir a buscarlo luego a mi

camarote. Aunque si lo desea voy ahora mismo.

—No hay prisa. Tenemos varios días por delante… Me parece que una persona está deseando atraer su atención, Ignacio.

Hacía ya casi un minuto que Brigitte había captado los gestos ansiosos, casi desesperados, de la dama que hacía señas no demasiado disimuladas hacia la mesa de ambos. Aksakov volvió la cabeza, vio entonces a la dama en cuestión, y murmuró un «¡Oh, no!» que hizo reír contenidamente a Brigitte.

—¿Algo no va bien? —inquirió la divina.

—La última vez que me encontré con Olga casi me caí del tren en el que viajábamos. Por cierto que fue en el Oriente Express. ¿Ha viajado usted en el Oriente Express?

—Me parece —suspiró Brigitte— que soy una de las pocas personas que puede alardear de haber viajado de todos los modos imaginables. Incluso he montado en llama.

—¿De veras? —Se pasmó Aksakov—. ¡Ésa sí ha de ser una experiencia interesante! Porque a fin de cuentas el Orient Express es un tren y nada mis que un tren.

—Tengo la impresión de que si usted no atiende a esa dama ella va a venir a sentarse con nosotros.

—¡De eso ni hablar! No deseo compartirla a usted con nadie… ¿Me permite que vaya a saludar a Olga, y así nos dejará en paz?

—Haré lo posible por soportar la terrible soledad.

Aksakov hizo un gesto simpático de impotencia, se puso en pie, y se acercó a la mesa sentada a la cual la mujer llamada Olga le había estado haciendo señas. Por supuesto, Brigitte había fotografiado visualmente a la mujer en cuestión, e incluso había obtenido algunas conclusiones sobre ella, aunque sin obcecarse. La tal Olga parecía una mujer alta, incluso más que Brigitte, es decir, por encima del metro setenta y cinco, y resultaba impresionante porque a tan aventajada estatura había que añadirle una corpulencia sólida, robusta y cálida de madrecita campesina rusa…

Cielos, no. ¿Campesina madrecita…? ¿Matryoshka?

Lentamente, la mirada de la espía americana regresó hacia la mujer llamada Olga, que conversaba animadamente, casi se diría que coquetamente con Aksakov, el cual se había inclinado con gesto simpáticamente confidencial hacia ella. Olga reía en aquel memento. Tenía los ojos grandes, muy azules, de reposado mirar. La

boca grande, de labios finos. Sus facciones eran enérgicas, su frente algo angosta, parecía de piedra. Tenía unos senos grandes, poderosos. También sus manos eran grandes. Su cuello era sólido… Más de un hombre pasaría graves apuros en una lucha con una mujer como era Olga, cuya indumentaria era de calidad y casi refinada, pero no propiamente elegante, como la de Brigitte.

En más de una ocasión, Baby se había enfrentado a mujeres con las que había librado una lucha a muerte. Y pensó que no le haría ninguna gracia enfrentarse a Olga…, la cual la estaba mirando ahora a ella con inescrutable fijeza mientras Aksakov regresaba a la mesa.

—Olga Kopansikova —dijo Aksakov, sentándose—… Es una colega de Moscú. De cuando en cuando nos encontramos por este ancho pero al parecer restringido mundo. Mucho me temo que está enamorada de mí.

—¿Y usted de ella? —rió Brigitte.

—No me gustan las mujeres con bigote.

—¡Ella no tiene bigote!

—Yo me entiendo. Quiero decir esa clase de mujeres hombrunas, que son capaces de estrujar entre sus brazos a un hombre, aunque sea un abrazo amoroso. Además, seguro que si no le vemos el bigote es porque se lo depila, ¡pero tenerlo ya lo creo que lo tiene!

Brigitte se echó a reír, atrayendo hacia ella miradas maravilladas…, y la de Olga Kopansikova, declaradamente hostil. Bueno, no se puede caer bien a todo el mundo, ya se sabe…

En la puerta del comedor apareció un sujeto alto, atlético, de mirada quieta e inexpresiva que puso inmediatamente en estado de alerta a la espía americana, la cual no reaccionó en absoluto cuando la sombría mirada del sujeto en cuestión se posó un instante en ella y acto seguido en Ignacio Aksakov. Brigitte clasificó en el acto a aquel sujeto, y ni por un instante pensó que podía equivocarse: era un aventurero de los que son capaces de todo, desde cortarle el cuello a un niño si así conviene a colocar una bomba atómica en la morada del mismísimo Dios, es decir, en el Cielo.

El sujeto retrocedió enseguida, desapareciendo de la vista de Brigitte, pero dejando en la memoria de la espía su rostro duro y anguloso, sus ojos sombríos, su boca más torcida hacia un lado, el

derecho.

—Menos mal —oyó decir a Aksakov—: Olga ha encontrado compañía, de modo que cabe la esperanza de que me deje en paz durante este viaje.

Brigitte miró de nuevo hacia la mesa de Olga Kopansikova. Cierto, ella había encentrado compañía: dos hombres de unos treinta y cinco años, de porte atlético, buena estatura, y casi tan guapos y encantadores como Ignacio Aksakov. Uno de ellos había dicho algo sin duda gracioso, y Olga miraba con expresión rutilante de revancha hacia la mesa de Brigitte. No tenía a Ignacio, pero tenía dos hombres casi igualmente guapos…

—¿Y esos quiénes son? —se interesó Brigitte.

—Ni idea.

—Pero parecen rusos, ¿verdad?

—Sí… Lo parecen.

Brigitte asintió, y miró disimuladamente hacia una mesa cercana, donde un caballero de unos setenta años, de aspecto distinguido y blanca y abundante cabellera conversaba con dos jovencitos: una niña de unos doce años y un muchacho de quince o dieciséis, ambos muy hermosos, sonrientes, y, evidentemente, muy bien educados. Hacía ya no menos de tres minutos que el finísimo oído da la espía internacional había captado algunas palabras de la conversación entre el caballero de setenta años y los dos jovencitos, así que sabía perfectamente que estaban hablando en ruso.

Es decir, que había en aquel comedor, muy cerca de ella, siete personas da nacionalidad rusa. Siete, nada menos. A saber: Aksakov, la tal Olga Kopansikova, sus dos guapos amigos tan oportunamente aparecidos, el anciano caballero y sus dos jóvenes acompañantes…, posiblemente sus nietos.

Siete rusos. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Porque todo aquello no era normal, eso lo estaba captando perfectamente el más que fino instinto de la espía más astuta y eficiente del mundo…

¿Tal vez también era ruso el sujeto de la boca torcida que había aparecido antes en la puerta del comedor, y que tras mirarla se había esfumado?

Brigitte sintió un lento, intenso y hondo escalofrío. ¿Estaba metida en un cepo que se iba cerrando mortalmente alrededor de ella?

Ignacio Aksakov conversaba agradablemente mientras cenaban, y Brigitte le sonreía y seguía sin problema alguno la conversación, mientras su mente no dejaba de ocuparse también de la presencia de tantos rusos en tan reducido espacio.

En la puerta del comedor aparecieron ahora dos hermosas muchachas de rojos cabellos que parecían llamaradas acompañando a un hombre de algo más de cuarenta años, es decir, veinte años mayor que ellas. No, no era su padre. Cada una se tomaba de un brazo del hombre, que era alto, gordo, reluciente, simpático, con todo el aspecto de un *bon vivant* francés. Era un hombre que resultaba simpático, cordial, sanamente agradable… Y las dos chicas eran muy bonitas, encantadoras, de verde mirada maliciosa…

Brigitte oyó la exclamación en la mesa del anciano, miró hacia allá, y lo vio poniéndose en pie para acudir rápidamente al encuentro de los tres recién llegados al comedor. Brigitte captó el gesto de desconcierto del simpático bon vivant, y la inquisitiva mirada de las dos bellas pelirrojas cuando el anciano se plantó ante ellas y comenzó a hablar animadamente. Enseguida, las dos muchachas sonrieron, y contestaron al locuaz anciano… en ruso. Desde allí Brigitte no podía oír nada, pero le bastaba ver los movimientos de los labios de las dos muchachas para saber que estaban conversando en ruso con el anciano.

Nueve rusos.

Pero entonces… ¿por qué no diez? ¿Por qué no sospechar que el hombre alto, gordo, reluciente y simpático que parecía francés era también ruso… haciendo su papel de bon vivant francés? Cielo santo, ¡diez rusos en aquel comedor!

—¿Algo va mal?

—¿Eh? —Miró Brigitte a Aksakov.

El ruso, que le había puesto una mano sobre una de ella, la apretó afectuosamente.

—O está usted distraída o no se encuentra bien —dijo Aksakov —… Espero que sólo sea lo primero. Aunque eso significaría que la estoy aburriendo.

—Nada de eso —rechazó Brigitte—… Bueno, es cierto que me he distraído un momento, pero no es culpa de usted. Me han llamado la atención esas dos jóvenes pelirrojas. Parecen iguales…

¡Cielos, pero si son gemelas!

—Pues sí, lo parecen, es verdad… Y me resultan familiares. Tengo la impresión de que las he visto antes de ahora.

—¿Y al caballero de más edad?

—¿Se refiere a nuestro vecino de mesa? No, a ése no le conozco de nada, pero esas chicas… ¡Ya recuerdo! ¡Son dos bailarinas rusas que han estado actuando últimamente en París en… en…! No recuerdo dónde, pero sé que estaban actuando en un *cabaret* de París hace unos pocos días.

—Caramba —sonrió plácidamente Brigitte—… ¡Cuánta gente rusa hay en este barco!

—Sí —parpadeó como desconcertado Aksakov—… Es cierto, tiene razón, porque el hombre de más edad que está con ellas también es ruso.

—¿Cómo lo sabe? ¡Podrían estar hablando en francés!

—No —movió la cabeza Aksakov—… Es ruso. Tengo un oído muy fino, y le he estado oyendo hablar con sus jóvenes amigas o familiares. Juraría que es de Crimea, aunque habla perfectamente el ruso de Moscú.

—¿Qué quiere decir? ¿Acaso el idioma ruso no es igual en toda Rusia?

—¡Por supuesto que no! —Aksakov frunció el ceño—. Oh, vamos, usted tiene que saber eso, Brigitte. Ya veo que está bromeando… Pero es cierto, hay muchos rusos aquí. ¡Qué coincidencia! No suele haber muchos rusos en viajes como éste.

—La vida está llena de coincidencias —sonrió Brigitte.

Aksakov la miró, parpadeó de nuevo, y dirigió una lenta mirada abarcando todo el comedor. El caballero de más edad regresaba a su mesa, observado por los dos jovencitos de tan correcta y modosa actitud. Ignacio Aksakov estaba contando los rusos que había en el comedor La Moutte. Parecía perplejo, desconcertado…, e incluso desconfiado. Daba la impresión de que algo no le gustaba.

La pregunta pareció explotar de pronto en la mente de Brigitte: ¿cuántos rusos más había en aquel comedor, en todo el barco? ¿Cuántos efectivos podía haber acumulado Matryoshka en el Copérnico para cazar a la agente Baby? Las dos gemelas pelirrojas se habían sentado a una mesa, siempre acompañadas por el obeso bon vivant, que decía algo que las hacía reír. El bon vivant estaba

hablando en francés, eso era seguro. ¡Bueno, menos mal, ya había alguien allí que no era ruso…! Pero tampoco había que exagerar, pues había mucha gente de muy variadas nacionalidades en el comedor: franceses, alemanas, holandeses, británicos, incluso algunos americanos…, los cuales, por cierto, miraban con frecuencia a Brigitte.

—¿Le gustaría tomar una copa en la sala de fiestas después de cenar? —propuso Aksakov.

—La idea es buena —aprobó Brigitte—, pero preferiría dejarlo para mañana, Ignacio. Llevo muchos días viajando por Europa, y estoy cansada. La verdad es que había planeado retirarme a descansar muy temprano esta primera noche de viaje.

—Lo comprendo. Bueno, por fortuna el viaje nos permitirá disfrutar de todo cumplidamente. ¿Conoce usted Dakar? Espere, no me conteste: le he hecho una pregunta idiota. ¡Por supuesto que conoce usted Dakar!

—La verdad es que sí —rió Brigitte—. Después de tantos años de periodismo es lógico que haya estado en muchas partes, ¿no le parece?

—¿Y Rusia? ¿Conoce Rusia?

—Un poco. ¿Qué me dice de usted? ¿Conoce Estados Unidos?

—Tengo la impresión de que mejor que usted Rusia. Precisamente, hace unos cuatro años estuve recorriendo Estados Unidos, porque había…

* * *

Entre unas cosas y otras eran cerca de las diez de la noche cuando Brigitte se retiró a su camarote.

Y nada más entrar en él supo que alguien había estado allí dentro durante su ausencia, removiendo sus cosas. Era como comparar dos fotografías, podía captar las pequeñas diferencias con una sola mirada. Inmediatamente, Brigitte sacó del armario su maletín, lo abrió, y alzó el doble fondo ultrasecreto. No, allí, no habían mirado. Habían abierto el maletín, desde luego, pero no el doble fondo. Menos mal. Porque si alguien abría el doble fondo y veía una fotografía de la señorita Brigitte Montfort en un pasaporte ruso a nombre de Galina Cherkova la cosa podía resultar demasiado

reveladora.

Lo dejó todo en su sitio, y se dirigió hacia el cuarto de baño. ¿Qué esperaban encontrar en el equipaje de Brigitte Montfort? ¿Y quiénes habían efectuado el registro? ¿Los rusos? ¿La propia Matryoshka, tal vez?

Matryoshka. Muy bien, ¿quién podía ser Matryoshka? ¿Tal vez la imponente, descomunal Olga Kopansikova? ¿Una de las gemelas…? No. Claro que no. Quizá Matryoshka no se dejaría ver en ningún momento y bajo ninguna personalidad. ¿Qué aspecto podía tener Matryoshka? Y sobre todo… ¿qué mentalidad?

Absorta en sus pensamientos, Brigitte empujó la puerta del cuarto de baño, encendió la luz, entró…, y su mirada quedó fija, sobresaltada, en el cadáver que había dentro de la bañera.

Capítulo IV

Era una mujer.

Estaba sentada en un extremo de la bañera en postura más que grotesca. Por supuesto había sido colocada allí después de matarla. Tenía los ojos abiertos, el rostro crispado en una expresión de angustia, de agonía, de dolorosa despedida de la vida. Llevaba un vestido de tarde cerrado, de calidad media, sin duda adquirido en unos grandes almacenes de París. Un *prét-a-porter* discreto y corriente, por no decir vulgar. El rojo de la sangre destacaba sobre el tono crema del vestido. La herida de bala estaba justo sobre el corazón, y alrededor del orificio la tela estaba quemada y como metida a la fuerza dentro de la herida. La mujer parecía tener unos cuarenta años… Es decir, los había tenido: ahora tenía toda la Eternidad.

Brigitte comprendió, por las características de la herida, que le habían disparado colocándole la boca de la pistola sobre el pecho. Un asesinato absolutamente profesional: se coloca la boca del arma sobre el corazón de la víctima, se aprieta el gatillo y ya está.

La mujer no debía de llevar encima nada por lo que se la pudiera identificar. Tal vez había tenido un bolso, pero quien la había matado se lo había llevado. Por simple instinto, por intuición, Brigitte pensó en el hombre de la boca torcida, y no le gustó nada imaginárselo cometiendo aquel asesinato, y luego ir a ver qué hacía ella en el comedor.

¿O había sido al revés? ¿Tal vez el hombre de la boca torcida había ido al comedor para asegurarse de que ella estaba allí, y entonces había ido a registrar su camarote, y se había encontrado allí a la mujer desconocida?

¿O la mujer desconocida lo había encontrado a él allí dentro? ¿Qué buscan uno y otra en el camarote de la periodista americana?

Como pocas veces en su vida Brigitte comenzó a experimentar

aquella inquietante sensación de inseguridad, de saberse al descubierto ante un adversario desconocido. ¿Matryoshka, tal vez? ¿O era Matryoshka la mujer que había en su bañera?

Entonces… ¿intervenían otras fuerzas además de la CIA y la KGB? Brigitte aspiró hondo, regresó rápidamente al camarote, y sacó del maletín la pequeña cámara que podía tomar fotos milagrosas, obsequio del buen Mc Gee, como tantas otras cosas que componían la dotación de trucos de la espía más peligrosa del mundo. Con esa cámara tomó cuatro fotografías de la mujer muerta, y estaba dispuesta a tomar la quinta cuando sonó la llamada a la puerta del camarote.

El gesto de Brigitte fue de felino, de auténtica pantera súbitamente alerta. Su ondulada cabellera negra osciló al volver la cabeza hacia la puerta del cuarto de baño. Acto seguido salió de éste, apagó la luz, cerró la puerta, y fue a dejar la cámara en el maletín, que cerró.

La llamada a la puerta se repitió.

Brigitte se acercó a la puerta, y se colocó a un lado.

—¿Quién es? —inquirió.

—Señorita Montfort, soy Ernest Riverdale, un compatriota admirador de usted. ¿Se encuentra bien?

Brigitte abrió la puerta, y se quedó mirando al hombre. Lo recordó en el acto, naturalmente: era uno de las dos apuestos acompañantes de la espléndida rubia que aquella tarde había visto llegar al barco riendo. Ernest Riverdale. Bien.

—¿Por qué había de encontrarme mal, señor Riverdale? —inquirió amablemente Brigitte.

—Bueno, verá… Llevamos mucho rato llamando por teléfono a su camarote, y como no contestaba ni aparecía por el comedor para cenar finalmente hemos pensado que podía encontrarse mal…, y he venido a ofrecerme para cuanto sea menester.

—Entiendo. Es usted muy amable, señor Riverdale, pero me encuentro perfectamente. Y si no he contestado al teléfono ha sido porque estaba cenando con un amigo en otro lugar del barco. Acabo de llegar ahora mismo.

—Ah, bien… Bueno, me alegro mucho de que nuestros temores hayan sido infundados. Y espero que no se haya comprometido para mañana. Nos gustaría mucho que cenara con nosotros. A decir

verdad nos encantaría departir con usted durante el viaje. ¿Va usted hasta Buenos Aires?

—Señor Riverdale, cuando usted dice «nosotros»… ¿a quiénes se refiere?

—A mí, a mi hermana y a mi cuñado. La vimos a usted cuando llegamos al barco esta tarde, y los tres supimos que la conocíamos, naturalmente, pero íbamos tan embromados con unas tonterías que decía Roger que en aquel momento no caímos en quién era. Una tontería por nuestra parte, que queríamos hacemos perdonar invitándola a cenar. No todos los días se encuentra uno con la primera periodista de América.

—Es usted muy amable, señor Riverdale, de veras. Yo también les vi a ustedes, desde luego.

—Me parece que estábamos alborotando un poco.

—Nada que no se pueda perdonar —sonrió la espía—. Personalmente, me encanta la gente que sabe ver el lado bueno de la vida. Espero que nos iremos viendo durante el viaje.

El gesto de desencanto de Ernest Riverdale fue ostensible.

—Había pensado que quizás aceptaría tomar una copa con nosotros. Lo estamos pasando divinamente en el bar.

En el momento en que iba a rechazar la invitación Brigitte recordó el cadáver que tenía en su bañera. Si decidía quedarse en su camarote era lógico que no tardando mucho entrase al cuarto de baño, así que tendría que ver el cadáver oficialmente. Alguien debía de estar esperando su reacción al respecto, quizás. Y la verdad era que no se le ocurría qué hacer. Si no decía nada de la presencia del cadáver, y encargaba a sus dos Simones que lo sacaran de allí, malo, pues se delataría. Si avisaba a las autoridades del barco se iba a organizar un buen jaleo, y ella estaría en el centro de todo. ¡Un cadáver en el camarote de la señorita Montfort!

—Pensaba acostarme ahora mismo —sonrió Brigitte—, pero espero no caer dormida por unos pocos minutos más de vigilia. Acepto encantada, señor Riverdale. Permítame, cogeré un chal. ¿No quiere pasar?

Riverdale sonrió, y entró en el camarote. En aquel mismo instante Brigitte recordó las dos muñecas Matryoshka del mismo juego que ella llevaba escondidas en la maleta grande. Un escalofrío la estremeció de pies a cabeza. ¿Alguien había encontrado en su

equipaje las dos muñecas Matryoshka…, y quizá podía estar pensando que ella era Matryoshka? ¿O bien, si Matryoshka andaba por allí y había visto las dos muñecas, sabía que ella sólo podía ser Baby, y que la CIA le había proporcionado las dos muñecas que habían sido halladas en las manos de los agentes Lewison y Carnegie?

Abrió la maleta como en busca del chal, metió la mano bajo el doble fondo que era muy fácil de encontrar por un experto, y tocó las dos muñecas envueltas en sendos pañuelos. Casi suspiró de alivio. Pero… ¿cómo era posible que no hubieran sabido encontrar aquel doble fondo de la maleta, tan sencillo?

—¿No lo encuentra? —preguntó Riverdale.

—¿Qué? —Le miró vivamente Brigitte.

—El chal —alzó él las cejas—… ¿No está buscando el chal?

—Sí… Oh, qué distraída estoy: véalo colgado en el armario —se hizo con él, y añadió—… Cogeré unos cigarrillos.

Riverdale la contemplaba con cierta perplejidad. Ella abrió de nuevo el maletín, cogió el paquete de cigarrillos que contenía la radio camuflada, y, junto con la cámara fotográfica milagrosa, lo metió en el bolsito de noche, de malla de oro.

—Cuando guste, señor Riverdale.

Éste se apartó, cediéndole el paso. Salieron los dos, Brigitte le entregó la llave, y Riverdale cerró. Luego, Brigitte guardó la llave en su bolsito de fina malla de oro. Llegaran al bar de la clase de lujo tras recorrer los amplios pasillos bellamente iluminados y alfombrados. Ernest Riverdale comentó que pronto llegarían a una altura de paralelo en la que el calor les permitiría bañarse en la piscina de popa. ¿Le gustaba a Brigitte nadar?

Entraren conversando animadamente en el bar. Sentados a una mesa con dos parejas más, Brigitte distinguió a la bella rubia y al otro hombre que había llegado con ella y Riverdale en el barco. El hombre acudió a recibirla, y se presentó: Roger Wosley. Luego le presentó a la rubia, su esposa, cuyo nombre era Pamela. Acto seguido la presentaron a las otras dos parejas, que también eran americanos, y que por supuesto conocían a Brigitte. Eran gente selecta, desde luego. Roger Wosley propuso que bebieran champán. Se hablaba de los escaparates de modas de la Quinta Avenida, y Brigitte controló esta conversación rápidamente. ¿Acaso no vivía

ella en la Quinta Avenida de Nueva York?

Había más americanos en el bar. Y mientras conversaba Brigitte no podía por menos de pensar en la situación. En el comedor La Moutte había diez rusos. Allí, en el bar de la clase de lujo, había quizás una docena de americanos en total…

—¿Me permiten un instante? —rogó Brigitte, en un memento dado de la conversación.

Entró en el tocador, se encerró en una cabina, y del bolsito de malla de oro sacó la radio, que accionó. Obtuvo respuesta en el acto.

—¿Sí?

—Simón, tengo un cadáver en mi cuarto de baño. ¿Saben cuál es mi camarote?

—Desde luego. ¿Quién es el muerto?

—Es una mujer. No la conozco. Tienen que sacármela del camarote como sea, y pronto. Una vez lo hayan hecho no se compliquen demasiado la vida, pueden dejarla en cualquier sitio; lo importante es que desaparezca de mi camarote.

—Cuente con ello. No sé cómo, pero lo haremos.

—Otra cosa: por la mañana les dejaré unas fotografías en el bar de la primera clase, a nombre de Simón. Uno de ustedes debe recogerlas. Son de la mujer muerta. Con ellas, desembarcará uno de ustedes en Dakar, y cursará esas fotos con máxima urgencia a nuestros servicios de identificación. Cuando tenga los resaltados telegrafiará al barco para informarme. Ahora bien, si yo consigo enterarme antes de la personalidad de esa mujer, o lo consiguen ustedes haciendo una discreta investigación, sencillamente guárdense las fotos y no abandonen el barco. ¿Comprendido?

—Desde luego. ¡Ojalá podamos serle útiles!

—No hagan nada sin consultármelo, y tengan mucho cuidado, pues el barco está lleno de agentes de la KGB, incluida Matryoshka, naturalmente. Tengan mucho cuidado.

—Procuraremos no darle el disgusto de que nos encuentre muertos.

—No es una cuestión para bromear, Simón. Ah, hay un hombre en el barco, un sujeto alto, atlético, y con la boca un poco torcida, que sin duda es un asesino profesional. Si lo ven no lo pierdan de vista, y avísenme cuando sepan en qué camarote está. Y ni que

decir tiene que si por casualidad llegasen a obtener cualquier pista sobre el posible paradero del profesor Kichief en el barco deben comunicármelo cuanto antes. Eso es todo. Insisto: por encima de cualquier otra consideración, tengan mucho cuidado.

Brigitte cortó la comunicación, guardó el paquete de cigarrillos con la radio camuflada, y salió de la cabina higiénica.

Frente a ella, sentada en uno de los taburetes ante el amplio espejo del tocador, estaba la bella rubia, Pamela Wosley, de soltera Riverdale. Pamela se estaba retocando los labios con carmín, y miró a Brigitte por medio del espejo, de espaldas a ella.

—¿Se encuentra mal? —se interesó.

—En absoluto —negó Brigitte—. Pero ni siquiera yo me libro del cumplimiento de ciertas funciones fisiológicas.

Pamela se echó a reír.

—La noche es joven —dijo—, y hemos pensado ir a bailar un poco al «Golden Salón». ¿Qué le parece?

—Es una buena idea. Estoy cansada de tanto viajar, pero no soy de las personas que se pierden un rato de distracción.

Pamela estuvo unos segundos mirándola fijamente, siempre por medio del espejo. De pronto, guardó el estuche de carmín, y dijo:

—Ernest está muy interesado en usted. Le ha impresionado mucho.

—No entiendo por qué. Sin duda debía de conocerme de antes, aunque sólo fuese en fotografías, o en noticiarios de televisión.

—Por supuesto. Pero una cosa es la fotografía o la televisión y otra cosa es conocer a una persona en carne y hueso. Incluso a mí me ha sorprendido usted. Y le aseguro que por televisión no parece tan… ¿cómo diría yo?… tan vital.

—¿Vital? —sonrió Brigitte.

—Hay algo de extraordinario en usted —murmuró Pamela, poniéndose en pie—… Algo insólito, como una energía envuelta en seda. Una energía poco corriente. No me extraña que durante tantos años…

—¿Sí?

—Los hombres deben de estar impacientándose —sonrió Pamela —… ¿Qué piensa contestarle a Ernest?

—¿Contestarle? ¿Sobre qué?

—¡Vamos, no me diga que no se ha dado cuenta! —rió ahora

Pamela—. ¡Mi pobre hermano se ha enamorado locamente de usted! De modo que es muy posible que le pida relaciones serias.

—Zambomba —sonrió Brigitte.

—Graciosa expresión.

—Suele utilizarla un querido amigo cuando algo le sorprende o le excita en gran manera.

—Ya. ¿Se siente sorprendida, o excitada?

—Ambas cosas. Bueno, espero no lastimar demasiado a Ernest, pues me resulta simpático. Pero he mantenido demasiado tiempo mi soltería para perderla ahora, cuando los romanticismos no son tan… intensos.

—La vida es algo más que romanticismo, querida —aseguró Pamela, poniéndole una mano en un brazo—, y yo diría que no te iba a resultar desagradable emparentar con nosotros. Los Riverdale y los Wosley no somos precisamente unos muertos de hambre.

—¿No? ¿Qué sois? Vaya, puesto que hablamos de eso, ¿qué clase de rentas son las vuestras? ¿Petróleo, armas, confecciones, medicamentos, supermercados, juguetes…? ¿O simplemente tenéis mucho dinero y ya está?

—Vamos, vamos —entornó los ojos Pamela—, estoy segura de que podrías saberlo todo respecto a nosotros en un chascar de dedos.

Chascó graciosamente dos dedos. Brigitte la miraba sonriente, un poco fruncido el ceño.

—Bueno —admitió—, es cierto que tengo muchos contactos periodísticos. Con un par de llamadas, en efecto, podría saber todo sobre los Wosley y los Riverdale.

Pamela Wosley soltó una sonora y simpática carcajada, y se dirigió hacia la puerta del tocador.

* * *

Empujó la puerta del camarote, entró, y cerró. Inmediatamente, fue a abrir el del cuarto de baño.

Perfecto. La mujer muerta no estaba allí. Todo estaba en orden, no quedaba ni rastro de ella, ni una gota de sangre. Nada.

Brigitte fue a mirar la maleta donde en el sencillo doble fondo llevaba las muñecas matryoshka. Seguían allí, bien envueltas.

Encendió un cigarrillo y se sentó en la butaquita junto a la elegante litera individual. Hay cosas en la vida que son innegables: por ejemplo, los Wosley, los Riverdale y sus jóvenes amigos eran personas encantadoras. Bueno, no había que sorprenderse demasiado. Eran gente de dinero. Personas de esas que han tenido dinero siempre, y que han recibido la mejor educación, lo mejor de todo en la vida, así que sabían disfrutar. Gente de altura, gente de estilo…

De repente, Brigitte recurrió de nuevo a su radio.

—¿Sí? —Oyó la voz de Simón.

—Una cosa sí tendrán que hacer en Canarias cuando hagamos escala allí mañana; llamen a nuestra *station* y díganles que cuando el Copérnico llegue a Dakar quiero tener allí una información lo más completa posible sobre las familias Riverdale y Wosley, americanos. Están emparentados, y ambas familias son de Boston.

—Eso será fácil.

—Así lo espero. Buen trabajo, Simón.

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo que a qué me refiero? —Se pasmó Brigitte—. A su labor de… limpieza en mi camarote.

Hubo un par de segundos de silencio antes de que volviese a oírse la voz de Simón:

—Nosotros no hemos hecho esa limpieza.

—¿Qué? —Respingó Brigitte.

—Entramos en su camarote, desde luego, pero no había nada en su cuarto de baño. Pensamos llamarla, pero se nos ocurrió que quizá podíamos comprometerla haciendo sonar su radio, de modo que hemos esperado a que nos llamara usted… ¿Debemos entender que no ha sido usted misma quien ha… limpiado su camarote?

—¡Claro que no he sido yo!

—Pues nosotros tampoco.

Brigitte aspiró hondo, y quedó silenciosa.

—Volveré a llamarlos oportunamente —murmuró.

—Escuche, usted nos dijo antes que tuviéramos mucho cuidado, ¿lo recuerda? Bueno, pues le decimos lo mismo…, aunque ya suponemos que usted no necesita consejos de nadie.

—No nos pongamos nerviosos —dijo Brigitte—. Ya les llamaré.

Cerró la radio, la guardó en el bolsito, y éste en el maletín,

dentro del cual colocó también las dos muñequitas matryoshka. No pensaba permanecer en aquel camarote ni un segundo más. Como nunca en su vida tenía la amenazadora sensación de hallarse completamente al descubierto. Y no era sólo eso lo malo: lo realmente malo era que no sabía a quién se estaba enfrentando.

Es decir, sí, al parecer se estaba enfrentando a Matryoshka, pero… ¿quién era Matryoshka y dónde estaba? Porque a aquellas alturas del viaje lo seguro era que a ella la estaban vigilando y controlando de alguna manera, es decir, que alguien sabía que pertenecía al mundo del espionaje… Pero ¿quién controlaba a Matryoshka, cómo era ésta?

Con el maletín en la mano izquierda, Brigitte abrió la puerta del camarote con la derecha, y comenzó el paso para salir.

La boca de fuego de una pistola provista de silenciador apareció ante su rostro. La azul mirada de la espía se alzó vivamente. Por encima de la pistola vio el hermoso rostro varonil, los ojos azules, la frente despejada y noble…, y la fina boca, plegada en un gesto duro.

—Retroceda —dijo el hombre, con voz susurrante.

Brigitte ni siquiera parpadeó. Retrocedió. El hombre entró tras ella, y cerró la puerta. Era uno de los dos guapos sujetos que durante la cena habían estado con Olga Kopansikova. Es decir, un ruso, aunque hablase el inglés a la perfección, sin duda.

—¿Dónde está Natascha? —preguntó el ruso.

—¿Quién? —fingió perfectamente asombro Brigitte.

El ruso apretó los labios. Brigitte supo con toda certeza que la situación no le iba a resultar fácil de resolver: aquel hombre era de los que conservaban la cabeza fría, los nervios tranquilos. Era un espía. Era un agente de la KGB.

—Le aseguro —dijo fríamente el hermoso rubio— que no tengo el menor inconveniente en matarla, señorita Montfort. Aunque prefiero no hacerlo. Prefiero que lleguemos a un acuerdo.

—¿Sobre qué? ¡No entiendo nada de lo que dice!

—Tal vez como periodista internacional que es se habrá encontrado más de una vez en situaciones comprometidas… Incluso debido a sus artículos puede haberse encontrado con algún loco que quisiera tomar represalias, ya que usted, en su Sección Internacional, llama a las cosas por su nombre, y eso puede

molestar a mucha gente, ¿no le parece?

—Sin duda. Pero tengo algo a mi favor, señor… señor…

—Llámeme Euro, por ejemplo. ¿Qué es lo que tiene usted a su favor?

—Que como en mis artículos y reportajes nunca miento, hasta ahora no me he encontrado en situaciones molestas.

—Ya. Bueno, me temo que ésta se lo va a resultar bastante. Vamos a ver: usted es la persona que ha contactado en París con Sergei Kichief, ¿de acuerdo? Luego, cuando…

—Perdone: ¿quién es Sergei Kichief?

—No complique más las cosas. Mire, no teníamos ni idea de quién podía haber apoyado e incluso sin duda propuesto y financiado la fuga del profesor Kichief, pero en cuanto la vimos a usted en el barco lo comprendimos todo. Era usted la persona ideal para llevar a cabo ese asunto: un gran prestigio personal, persona de grandes recursos cosmopolitas, nada sospechosa de actividades de espionaje… Es usted la persona ideal para que la CIA le pidiera este favor de sacar de Europa al profesor Kichief. Y por cierto que lo está haciendo bien, pues no conseguimos encontrar en todo el barco ni rastro del profesor. En cambio, sí sabemos dónde está su esposa Marya, es decir, viajando cerca de usted, en el camarote F, aunque ambas no se relacionan, para mayor discreción. Sin embargo, nosotros conocemos a Marya Kichief, naturalmente, y conocemos a la famosa periodista americana Brigitte Montfort, que no se ha metido nunca en complicaciones de espionaje. Por tanto: ¿no es la persona ideal para que la CIA la presione a fin de que les ayude a llevarse a los Kichief a Estados Unidos? Así que incluso pensamos: ¿y si el profesor Kichief, de alguna manera, ha podido llegar al camarote de la señorita Montfort y piensa hacer aquí todo el viaje hasta el punto de desembarco, sea cual sea éste? De nodo que enviamos a Natascha a echar un vistazo a este camarote…, y Natascha no regresa, Natascha ha desaparecido. ¿Ha comprendido la situación, señorita Montfort?

—He comprendido bastante bien sus explicaciones, pero sigo sin saber de qué me habla. Usted se está equivocando conmigo, señor Euro.

—Señorita Montfort: nosotros estamos dispuestos a todo para que ese virus no llegue a Estados Unidos, de modo…

—¿Qué virus? —exclamó Brigitte.

Euro entornó los párpados y apretó aún más los labios, diciendo acto seguido:

—La voy a matar.

Brigitte vio en los ojos del ruso que, en efecto, éste la iba a matar. Lo vio expresado con tal claridad que, naturalmente, se dispuso a defender su vida hasta el último instante, así que dejó caer su maletín y se dispuso a abalanzarse contra el ruso…, cuya cabeza estalló de pronto de un modo sencillamente horrible, al tiempo que en la puerta del camarote se oía el amortiguado «plop» del disparo efectuado con silenciador.

Inmediatamente, mientras se esparcía por el camarote el cerebro de Euro, junto con cabellos y esquirlas de hueso formando un horripilante surtidor, la puerta del camarote se cerró. Brigitte tenía la sensación de haber sido clavada al suelo por los pies… Euro caía hacia ella, con los ojos abiertos, casi saltando de las órbitas debido al tremendo trauma provocado por el balazo que había reventado su cabeza. El ruso cayó de bruces sobre la alfombra al apartarse Brigitte. Su cuerpo sonó como algo macizo, seco, duro. La cabeza, es decir, lo que quedaba de ella, quedó de lado. La pistola seguía en la mano del ruso.

Brigitte reaccionó, dando un paso hacia la puerta, pero lo pensó mejor: era indudable que alguien la estaba ayudando, tan indudable como que, fuese quien fuese, no quería ser visto por ella, no deseaba que ella le conociera. Sin duda, era la misma persona que antes había matado a la intrusa Natascha cuando ésta se introdujo en su camarote en busca del profesor Kichief o de alguna pista que le condujera hasta éste…

Brigitte abrió el armario de nuevo, cogió dos vestidos de ropa muy ligera, y los metió dentro del maletín. Acto seguido, ya sin más dilaciones, salió del camarote, no sin mirar antes cautamente pasillo arriba y abajo.

Con la esperanza de no ser vista por nadie se dirigió a la cubierta de primera clase. Era ya bastante tarde, y el frío era más que considerable allí fuera. De alguna parte llegaba música. Brigitte se colocó detrás de una de las extensibles, que colocó verticalmente, y procedió a colocarse la peluca de rojos cabellos, y acto seguido, tras quitarse el vestido de noche, se puso uno de los que había

metido antes en el maletín. No hacía falta esmerarse más, sólo se trataba de llegar hasta el camarote a nombre de Galina Cherkova sin que nadie la identificase como Brigitte Montfort, la periodista americana.

Un virus.

¿De qué virus había hablado Euro? Claro, puesto que el profesor Kichief había estado trabajando en cuestiones biológicas no cabía extrañarse demasiado de que todo aquel asunto estuviese relacionado con un virus.

Cada vez que Brigitte oía hablar de «virus» se le ponían los pelos de punta. Ya había tenido muchos problemas y sobresaltos con virus de toda clase, sabía perfectamente que de un virus jamás se puede esperar nada bueno…

Pasó muy cerca de la discoteca cuya música había estado escuchando. El camarote del que disponía a nombre de Galina Cherkova era el 26, y no le fue en absoluto difícil encontrarlo. Seguramente, en la lista de pasajeros del barco constaba que Galina Cherkova no había embarcado, así que si alguien prestaba atención a esto, y luego se fijaba en que el camarote 26 estaba ocupado podía sorprenderse lo suficiente para dar lugar a una pequeña investigación.

Abrió la puerta del camarote con una de sus ganzúas planas que siempre llevaba en el fantástico maletín, cuyo contenido poco menos que mágico y desde luego fantástico era obra de Mc Gee, el viejo amigo jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA cerró la puerta del camarote, encendió la luz…, y se quedó mirando al hombre que, sentado en la litera, le estaba apuntando con una pistola provista de silenciador.

Lo identificó en el acto, por supuesto: era el otro joven y guapo amigo de Olga Kopansikova, el compañero del que había dejado muerto en su camarote.

—¿De dónde vienes? —preguntó el hombre en ruso.

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez Brigitte, también en ruso.

—¿Estás de servicio o simplemente eres una pasajera más? —Repreguntó el guapo ruso.

—Oiga, ¿qué significa esto? ¡Quiero saber quién es usted y qué está haciendo en mi camarote!

—Y yo quiero saber quién eres tú y qué estás haciendo en este barco. Según la lista de pasajeros eres Galina Cherkova, ciudadana rusa, pero no podemos fiarnos de nada ni de nadie. ¿Puedo ver tu documentación? Mi nombre es Igor, y estoy prestando un servicio a Rusia. ¿Lo entiendes?

Brigitte asintió, abrió su maletín, descorrió el doble fondo, y sacó el pasaporte a nombre de Galina Cherkova, que tendió al llamado Igor. Éste lo tomó, lo abrió, y le echó un rápido vistazo, dedicando a la fotografía el tiempo suficiente para identificarla como perteneciente a la mujer que tenía delante.

Cuando volvió a mirar a la supuesta Galina Cherkova el llamado Igor respingó al ver en la mano de la pelirroja la pequeña pistola que le apuntaba a la cabeza.

—Tranquilízate —murmuró—. Todo está bien. Sólo quería asegurarme de que no se trataba de algún truco de los americanos. Tenemos previsto y conjuntado todo nuestro personal en este barco, de modo que nos inquietó que viajara en él una rusa a la que no conocíamos. Supongo que se trata de una casualidad. Aunque esa pistola me sugiere… cosas preocupantes, camarada.

¿Estás pensando en que nos matemos el uno al otro?

—Quiero saber qué es lo que está pasando.

—No te preocupes: simplemente mantente al margen. Aquí no ha pasado nada, ¿de acuerdo? Pero si necesitamos ayuda recurriremos a ti.

Brigitte asintió, bajó la pistola simulando ir a guardarla de nuevo en el maletín…, y de repente lanzó un tremendo puntapié a los testículos del guapo ruso, que lanzó una exclamación ahogada mientras se encogía cayendo hacia atrás y mirando a Galina Cherkova con expresión de alarma; en el mismo instante en que, soportando el dolor, intentaba apuntar de nuevo a la Cherkova, ésta le golpeaba ahora en un lado de la cabeza, con el otro pie, describiendo lo que parecía un inofensivo y elegante paso de danza. El ruso puso los ojos en blanco y se desplomó sin sentido.

Galina Cherkova se hizo con la pistola, y acto seguido procedió a registrar al ruso. Sabía que era perder el tiempo, motivo por el cual no había querido perder ni un segundo registrando a Euro en su propio camarote. No era en absoluto probable que un espía realizando trabajos de acción directa fuese por ahí llevando encima

documentación alguna. Y, en efecto, el que decía llamarse Igor no llevaba ninguna documentación. Nada.

¿Había comentado Igor con alguien la presencia de Galina Cherkova en el barco o se había enterado de ello y acto seguido había actuado por su cuenta sin dar explicaciones a ninguno de sus compañeros… o a Matryoshka?

¿Realmente estaba Matryoshka en el barco? ¿Y el profesor Kichief? Brigitte sacó de un frasco de perfume una de las pequeñas ampollas de gas narcótico la duración de cuyos efectos no era inferior a cuarenta y ocho horas, y, tras protegerse boca y nariz con una de las compresas antigás, reventó la ampolla ante la nariz de Igor, que del desvanecimiento pasó sin transición a un sueño de dos días. Lo arrastró, pudo colocarlo bajo la litera, y se sentó en ésta, recurriendo de nuevo a la radio.

Respuesta inmediata:

—¿Sí?

—Soy yo, Simón. ¿En qué camarote están ustedes?

—En el 229, clase turista.

—Voy para allá.

Cerró la radio, y un segundo más tarde abandonaba el camarote de Galina Cherkova. Tres minutos después llamaba a la puerta del camarote 229 de la clase turista, cuya puerta se abrió enseguida. Brigitte entró, la puerta se cerró tras ella,…, y los dos atletas rubios se quedaron mirando fijamente a la espía mientras la apuntaban a la cabeza con sus pistolas.

—No nueva ni una pestaña —dijo fríamente uno de ellos.

Capítulo V

El sobresalto primero y el desconcierto acto seguido duraron muy poco en Brigitte, que comprendió la actitud de los dos agentes de la CIA y sonrió hoscamente.

—Les aseguro que soy yo —dijo—: sólo que llevo una peluca. Vamos, no hagan tonterías.

Se quitó la peluca, dejando al descubierto sus negros cabellos. Los dos agentes de la CIA parpadearon, el más ancho de hombros masculló algo, y el otro terminó por sonreír, guardando la pistola.

—Sabemos que no es usted pelirroja, de modo que…

—Está bien, eso no tiene importancia. Pero tienen que ir con mucho cuidado, porque hay muchos rusos en el barco…, aunque alguien se está dedicando a eliminarlos y a ayudarme.

—¿Cómo es eso? ¿A qué se refiere?

Brigitte explicó todo lo ocurrido hasta el momento, escuchada muy atentamente por los dos atractivos atletas rubios cuyo gesto no podía ser más resuelto. Ciertamente, Simón-París no le había colocado como respaldo a dos pusilánimes: uno y otro parecían capaces de retorcerle el cuello a cualquiera por menos de un centavo. Eran dos guardaespaldas de mucho cuidado.

—En cualquier caso —dijo Brigitte, tras terminar el relato—, Igor me ha dado una idea. Una idea que tuvo que ocurrírseme a mí solita al no ver al profesor Kichief por parte alguna en el barco; es más que posible que él haya abordado el Copérnico con nombre falso, pero no sólo eso, sino que, tras ocupar normalmente el camarote adquirido para esa falsa personalidad, se haya cobijado en otro camarote perteneciente a alguien que de ninguna manera pueda despertar sospechas. Más o menos lo que he hecho yo con el nombre de Galina Cherkova.

—Es decir, que en estos momentos debe de haber un camarote vacío en el barco mientras el profesor Kichief se esconde en otro

camarote.

—Es más que posible. Incluso cabe que se dirigiera inmediata y directamente a su camarote de seguridad, sin pasar por el falso, cuyo pasaje sólo utilizó para subir a bordo.

—También podría ser —dijo Simón II— que simplemente el profesor Kichief no se halle a bordo.

—Está a bordo —dijo Brigitte—. Lo sé: él está a bordo.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé, lo siento aquí dentro —se tocó el pecho—… Sé que ese hombre está a bordo. Y quiero encontrarlo antes de que lleguemos a las Canarias.

—¿Qué tal si ahora nos deja trabajar aunque sólo sea un poco a nosotros? —propuso Simón I.

—De acuerdo —asintió Brigitte, conteniendo a duras penas un bostezo—… La verdad es que empiezo a estar un poco cansada.

Se tendió en la litera, se cubrió con la ropa de cama, y quedó dormida en menos de cinco segundos.

* * *

Despertó, y se quedó mirando a Simón II, que estaba sentado en el borde de la litera. Simón I estaba de pie tras él, casi en el centro del camarote doble. Ambos sonreían simpáticamente. Casi era lo mismo que ver sonreír a un par de tigres, lo cual hizo sonreír a su vez a Brigitte.

—Es casi seguro que tenemos al profesor Kichief —dijo Simón II —; hay un camarote reservado a nombre de un tal Emil Depardieu que no fue ocupado al zarpar. Y sigue vacío. Es el camarote número 149 de esta cubierta.

—Era de esperar. De alguna manera tenía que subir al barco… De modo que lo hizo con documentación a nombre de Emil Depardieu, pero en lugar de ocupar su camarote se fue a otro. Igual que yo con Galina Cherkova, efectivamente. Bien, habrá que buscarlo. Y eso no va a ser nada fácil. O quizá…

—¿Sí? ¿Qué se le ha ocurrido?

—Ir directa al asunto. ¿Qué hora es?

—Las ocho y cuarto.

—Demasiado temprano para mucha gente. Haré tiempo

duchándome y almorzando en el camarote con dos encantadores muchachos. Luego, haré algo que seguramente nadie espera.

* * *

Marya Kichief abrió la puerta de su camarote, y se quedó mirando a su visitante, la hermosa muchacha pelirroja de ojos verdes, que le sonrió de un modo inexpresivo.

—¿Qué desea? —preguntó Marya.

Galina Cherkova, simplemente, puso una bella y aparentemente delicada mano en el pecho de Marya, la cual tuvo la impresión de que era empujada por un carro de combate; sin brusquedades, pero con una potencia que ella no podía contener de ninguna manera.

—Me llamo Galina Cherkova —dijo ésta, hablando en ruso, tras cerrar la puerta—. Soy de la KGB.

Marya palideció, se agarró una mano con la otra, y retrocedió hasta dejarse caer en el sofá. Todavía estaba en bata, aunque se había bañado y maquillado discretamente. Tenía un aspecto frágil y sorprendentemente señorial.

—Sí —dijo con voz temblorosa—… La comprendo. Ya… ya le dije a Sergei que ustedes nos encontrarían.

—Eso era inevitable. ¿Dónde está él?

—No lo sé. ¿Es usted Matryoshka?

—Tal vez. ¿Acaso sabía usted que el Directorio enviaría precisamente a Matryoshka?

—Era de esperar. Sergei se había enterado casualmente de que usted viajaría a París, así que era fácil comprender que la designarían para perseguirnos. Y ya veo que ellos no han podido impedir que nos encuentre.

—De momento sólo la he encontrado a usted. ¿Quiénes son «ellos»? ¿Las personas que le han comprado a su marido la fórmula de ese virus?

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó Marya, palideciendo todavía más intensamente.

—Marya, ¿quiénes son ellos?

—Los americanos.

—¿Qué americanos?

—Los que han preparado todo esto, los que han comprado la

fórmula y una muestra a Sergei.

—¿Qué quiere decir una «muestra»?

—Veamos, un… un recipiente con una… dosis del virus.

—¿Quiere decir —palideció ahora Galina Cherkova— que en este barco viaja una dosis de ese virus?

—Sí… Sí.

—¿Y que puede ser utilizado en cualquier momento?

—Oh, sí… Naturalmente. Los americanos querían la fórmula, y además una muestra. Sergei ya la traía preparada desde Rusia.

—O sea, que su marido ya tenía planeado traicionar a Rusia y vender esa fórmula a alguien. ¿Y eso por qué? ¿Por simple dinero?

—Por las dos cosas. A él nunca se le apreció debidamente en Rusia, ni en lo material ni en lo intelectual. Siempre estuvo postergado, siempre le trataron injustamente. Estaba muy desilusionado al principio. Luego… comenzó a ser presa del odio…

—¿Viajan en este barco esos americanos?

—Desde luego. ¡Pobre Sergei! Le dije… le dije que no se dejara dominar por el odio, que siempre ha habido injusticias en todas partes, como por ejemplo, eso de darle el Premio Nobel de la Paz a ese hombre que intervino en la invención de la Bomba H. Cosas así. El mundo es absurdo y horrible.

—Marya: ¿quiénes son esos americanos, cómo se llaman?

—Pasaba de la depresión a la furia más terrible —seguía hablando Marya Kichief, como si no oyera a Galina—… Ha sido todo siempre tan sórdido, tan horrible. ¡Y ese virus que puede acabar con la Humanidad entera en un abrir y cerrar de ojos…!

—Marya —la sacudió suavemente por los hombros la espía—… Marya, tiene que decirme el nombre de esos americanos. Pero antes escuche esto: ellos NO SON americanos, los han engañado a usted y a su marido. Si Estados Unidos hubiera querido esa fórmula habría puesto a personas adecuadas en contacto con ustedes, y sé que no es así, sino todo lo contrario: estamos buscando a su marido, pero también a Matryoshka.

—¿Qué… qué dice usted? —tartamudeó Marya, mirando a Galina con los ojos llenos de lágrimas, el rostro súbitamente crispado.

—Escuche, yo no soy Matryoshka, así que no debe temer usted nada de mí. Al contrario, la protegeré de Matryoshka. Y también a

su marido. Pero tiene que decirme… ¿Qué le ocurre?

—Mal… maldita seas —jadeó Marya Kichief—… ¡Maldita seas, perra americana del demonio…!

—¿Está loca? Le estoy diciendo que la ayudaré a…

Marya Kichief lanzó un alarido de rabia, y se abalanzó contra Galina Cherkova tan sorpresivamente para ésta que las uñas llegaron a entrar en contacto con la piel de su rostro. Solamente la gran agilidad de la espía al saltar hacia atrás evitó que aquellas uñas cortas y fuertes le destrozaran la cara en un salvaje tirón que sólo arañó el aire. La fuerza del gesto hizo caer de rodillas a Marya Kichief, que alzó la cabeza y gritó:

—¡Te voy a matar…!

La agente Baby frunció el ceño, y, sin más, golpeó con la punta de un pie a la rusa en pleno estómago. Marya soltó un agónico bufido, y rodó par el suelo, quedando de cara al techo. Galina fue rápidamente hacia ella, y se sentó a horcajadas sobre la rusa, inmovilizándola fácilmente… Sólo entonces se dio cuenta de la leve espuma de tono verdoso que brotaba por un lado de la boca de Marya Kichief.

—No eres Matryoshka —jadeó la rusa—… ¡No tenía por qué suicidarme, no tenía por qué morir…!

Cada vez que se encontraba ante un caso como aquel Brigitte Montfort era presa del desconcierto y del horror. Jamás había entendido que una persona se quitara la vida. Por horrible que pudiera ser el destino de los Kichief tanto si Matryoshka se limitaba a matarlos como si lograba capturarlos y llevarlos con vida a Rusia, siempre se estaba a tiempo de recurrir a la Muerte, la única circunstancia irreversible en la Vida.

Hubo una espantosa crispación en la boca de Marya, en todo el rostro. Su cuerpo efectuó un brusco y fortísimo movimiento que casi derribó a la espía americana a un lado. Acto seguido quedó completamente inmóvil, abiertos los ojos, rígidos los labios, tensas las facciones lívidas.

Lentamente, Brigitte se puso en pie. Miró alrededor. Era inútil buscar allí nada, ni siquiera la más pequeña pista. Los americanos escondían al profesor Kichief, pero habían tenido la sensatez de no decirle ni siquiera a su esposa dónde se hallaba Sergei Kichief. ¡Americanos! ¡Claro que no eran americanos quienes estaban en

tratos con el profesor Kichief! Sencillamente, alguien se estaba haciendo pasar por americano en aquel barco. Sí, había demasiados americanos a bordo del Copérnico…

La única solución que se le ocurrió a Baby para sostener la situación a la espera de aclararlo todo pronto, fue esconder a Marya Kichief bajo el lecho, como había hecho con Igor. Recogió su maletín y salió del camarote F. Estuvo a punto de lanzar un grito al ver a Ignacio Aksakov, que estaba llamando a la puerta del camarote M.

Es decir, que Ignacio estaba llamando a la puerta del camarote de Brigitte Montfort.

Y ésta, disfrazada como Galina Cherkova, se dio perfecta cuenta de la muy alerta mirada que le dirigió el ruso al verla salir del camarote P. El muy atractivo Ignacio la miró a ella, miró la letra de la puerta del camarote que acababa de abandonar, volvió a mirarla a ella, y su ceño se frunció. Galina Cherkova dio la vuelta, y se alejó rápidamente por el alfombrado pasillo en dirección opuesta a Aksakov. Cuando salió a cubierta llevaba al ruso a menos de cinco metros de ella, y era evidente que Aksakov se disponía a alcanzarla, y sujetarla para tener una charla con ella.

Galina Cherkova vio entonces a Olga Kopansikova.

La corpulenta rusa estaba tumbada en una extensible junto a la piscina, en *maillot*, tomando plácidamente el sol. Vio a Galina, vio tras ella a Aksakov, y por su rostro pasó una leve crispación que la espía americana captó perfectamente. Sin más, caminando por entre extensibles y mesitas con refrescos mañaneros, Galina Cherkova llegó junto a la extensible de Olga Kopansikova, colocó junto a ésta un taburete, se sentó, y murmuró:

—¿Matryoshka?

La Kopansikova se había sentado en la extensible. Aksakov se había detenido a pocos pasos de ambas mujeres, y miraba muy atentamente a Galina. Ésta vio el gesto que hizo Olga Kopansikova, volvió la cabeza, y vio a Ignacio Aksakov alejándose lentamente. Cuando volvió a mirar a la Kopansikova, ésta la estaba contemplando a su vez fijamente, inmóviles en su rostro de madrecita rusa sus grandes ojos azules.

—Sí —susurró por fin—… Yo soy Matryoshka.

—Yo soy Baby.

Los ojos azules de Madrecita no se movieron.
—Ya —murmuró—… De modo que, efectivamente, los americanos están metidos en esto.
—Eso ya hace tiempo que lo sabe usted, puesto que mató a dos.
—¿Yo he matado a dos americanos? ¿Cuándo y dónde?
—Hace menos de una semana, en París.
—No.
Galina Cherkova ladeó la cabeza y entornó los párpados. Luego, muy despacio, colocó el maletín sobre sus rodillas, lo abrió, y dejó visibles las dos muñecas «matryoshka». Captó que Matryoshka las había visto, y murmuró:
—Cada uno de mis Simones asesinados tenía una de estas «matryoshka» en una mano.
—¿Usted me cree tan imbécil como para ir dejando muñecas en las manos de los enemigos que mato?
—De modo que no fue usted.
—No. Y si hubiera sido yo no habría dejado ninguna marca. Esto de las muñecas es una estupidez, y me parece impropio de la agente Baby haber aceptado esa estupidez como prueba capaz de movilizarla en busca de Matryoshka.
—Tal vez yo no sea Baby —sonrió secamente Galina Cherkova.
—Sí lo es —sonrió Matryoshka—… Lleva peluca postiza, lentes de contacto que disimulan el verdadero color de sus ojos, rellenos de plástico en la boca, en las mejillas y en la nariz, y posiblemente más trucos de desfiguración que en este momento no veo, y lo hace tan bien que tiene que ser por fuerza una espía. Además de eso, habla el ruso tan bien que parece usted una rusa de Moscú…
—Todo eso está al alcance de cualquier buena profesional del espionaje.
—Sin duda —asintió Matryoshka—, pero no cualquier agente de la CIA tendría el valor de enfrentarse directamente a Matryoshka, dando la cara como usted está haciendo en busca de arreglar algo. ¿Me equivoco?
—No —admitió Brigitte—. De acuerdo, vamos a intentar arreglar esto lo mejor posible, Tal vez se haya corrido la voz de que unos americanos son los que han negociado con el profesor Kichief, pero eso no es cierto: esa gente, sean quienes sean, no son americanos.

—¿Pues qué son?

—No lo sé… todavía. Ni siquiera sé quiénes son, en qué parte del barco están instalados. Eso sí: estén donde estén, tienen con ellos al profesor Kichief. Yo tengo un par de compañeros a bordo, y evidentemente, usted también tiene algunos, Unamos nuestras fuerzas para encontrar a esos americanos y a Kichief.

Olga Kopansikova seguía contemplando los verdosos falsos ojos de Galina Cherkova muy fijamente. De pronto, la corpulenta rusa tomó un bolso, del cual extrajo un paquete de finos cigarros rusos, que ofreció a la espía americana. Brigitte aceptó. Encendieron ambas los cigarros…, observadas de lejos par Ignacio Aksakov, las bailarinas rusas gemelas, y los nietos del caballero septuagenario, el cual no se veía por parte alguna. Esto, además de los pasajeros que tomaban el sol cerca de ambas, y que posiblemente estaban absortos por el contraste entre ambas mujeres, una esbelta y hermosa, la otra con todo el aspecto de una matrona.

—¿Qué me dice de la periodista? —sugirió Olga—. Me refiero, claro está, a Brigitte Montfort.

—Olvídela.

—No es tan fácil. Estoy segura de que ella tiene algo que ver en todo esto. Primero envié a una compañera a examinar su camarote, y ella desapareció. Luego, envié a un compañero, y él ha desaparecido. Y también ha desaparecido otro compañero.

—Le digo que lo olvide. Brigitte no tiene nada que ver en esto.

—¿Se conocen ustedes?

—¿Brigitte y yo? Bueno, digamos que hemos coincidido en no pocas fiestas y recepciones de toda clase, en Washington y en Nueva York.

—¿Sabe ella que usted es Baby, entonces? Quiero decir: ¿ella conoce la verdadera personalidad de Baby?

—Claro que no. Somos amigas, pero Brigitte se moriría del susto si supiera que yo soy Baby. Escuche, dejemos esto, ¿de acuerdo?, y ciñámonos al asunto que nos interesa a ambas. Tenemos que encontrar cuanto antes al profesar Kichief y a esos falsos americanos.

—Verdaderamente, es usted fuera de serie —sonrió Matryoshka —… ¿Qué sugiere que hagamos?

—Lo que sea con tal de recuperar esa fórmula y la dosis.

—¿Qué dosis?

—¿No saben ustedes qué Kichief salió de Rusia llevándose una dosis de ese virus?

Matryoshka palideció horrorosamente.

—No —jadeó—… ¡No!

—Pues así es. No hace mucho me lo ha dicho su esposa… Pero no se moleste en enviar a nadie a presionarla: está muerta. Se ha envenenado… Creyó que era usted quien la había localizado, y partió la cápsula de cianuro que llevaba en la boca. Evidentemente, caer en las manos de Matryoshka no le hacía ninguna gracia.

—De modo que esa perra se ha suicidado…

—Estaba aterrada. Por usted y por el virus. ¿Cuáles son los efectos de ese virus?

Olga Kopansikova se pasó la lengua por los labios. Luego, movió la cabeza.

—¿Está segura de que entendió bien a Marya Kichief? ¿Ella habló de una dosis?

—¿Tiene usted alguna duda respecto a mi conocimiento del idioma ruso? —Se mosqueó Baby.

—No… No. Está bien. Tenemos que encontrar a Kichief, y también esa dosis. Y no me haga más preguntas sobre el virus ya que no pienso darle ninguna explicación. Mejor dicho, le daré una: Rusia desestimó la más remota posibilidad de utilizar el virus alguna vez, pues sus efectos son… digamos expeditivos; ahora bien, si los americanos, o sea, si Estados Unidos se hace con la fórmula de ese virus, Rusia volverá a considerar la posibilidad de utilizarlo siempre que sea necesario, ya sea como medio de agresión o de réplica. ¿Me comprende usted?

—¿Y si Estados Unidos no consigue la fórmula de ese virus?

—Quedará olvidado para siempre en los archivos de «recursos desestimados definitivamente por la Unión Soviética».

—O sea, que ese virus es algo espeluznante.

—Sí.

—Bien. Busquémoslo entonces. Podemos dividirnos el trabajo en el barco: ustedes busquen a Kichief y yo buscaré a los americanos. Si todo es como pensamos no cabe duda de que los encontraremos.

—Está bien. Hay otra cosa, Baby: a mí me faltan tres compañeros que son Natascha, Igor e Ivan. Si ellos han muerto y es

cosa de la CIA el asunto terminará muy mal.

Brigitte quedó pensativa, contemplando las dos muñequitas «matryoshka» que, al parecer, no tenían ninguna relación con Matryoshka. Y esto tenía sentido: ¿con qué objeto la espía rusa iba a dejar la marca de su intervención, sobre todo en un par de asesinatos? Es decir, que habían muerto ya dos Simones en París, y Natascha e Ivan en el barco. Empatados a muertes. Muertes de las cuales no eran culpables ni Matryoshka por un lado ni Baby por otro.

Entonces, la cosa estaba clara, por primera vez. Más que clara estaba clarísima: alguien había querido enfrentar a Matryoshka y a Baby, y lo había hecho iniciándolo del mejor modo posible para conseguirlo: asesinando a dos agentes de la CIA y lanzando así inevitablemente a la agente Baby contra la agente Matryoshka.

Y ese alguien tenía ahora al profesor Sergei Kichief, la fórmula de su virus, y una dosis de éste, lista para ser usada…

¿Se disponían a usar esa dosis? ¿Dónde, cuándo, contra quién…?

—No sé si me ha entendido —susurró Matryoshka.

Brigitte, que se había abstraído, la miró directamente a los ojos una vez más.

—La he entendido perfectamente —aseguró, poniéndose en pie —… Estaremos en contacto.

Cuando se alejaba, seguida por la pensativa mirada de Aksakov, vio aparecer por un lado al caballero de blancos cabellos, que fue a unirse a sus nietos mientras hacía un gesto hacia Matryoshka indicando impotencia. Casi al mismo tiempo, aparecía el bon vivant acompañante de las bellas bailarinas rusas, haciéndole a Matryoshka un gesto similar… ¿De modo que el bon vivant no era francés, sino también un agente ruso a las órdenes de Matryoshka…?

¿Y quién más? ¿Cuántos rusos más estaban a las órdenes de Matryoshka?

¿Cuántos rusos en total había en el Copérnico?

Pero también… ¿cuántos americanos? ¿Y cuáles de éstos no eran de verdad americanos, sino otra gente que pretendía… algo sin duda horrendo?

Cuando abandonó la zona de la piscina, en la que todavía nadie se atrevía a bañarse pese a lo soleado del día, Brigitte supo que tras

ella, a distancia muy razonable, partía el bello, simpático y sin duda peligroso Ignacio Aksakov. Apretando una sonrisa, Galina Cherkova entró en uno de los pasillos del barco, y, de repente, echó a correr.

Sabía que cuando Aksakov fuese a reaccionar ella ya habría llegado al camarote de Brigitte Montfort.

Capítulo VI

La acción de Galina Cherkova apenas hubo entrado en el camarote M, no pudo ser más rápida: se quitó la peluca, las lentillas de contacto, y se desnudó… En ese momento sonó la primera llamada a la puerta. Brigitte entró en el cuarto de baño, se quitó los rellenos del rostro, y los tiró al inodoro, metiéndose rápidamente en la bañera. En la puerta sonaba otra llamada… Brigitte abrió el grifo de la ducha, se mojó, salió de la bañera, se puso el albornoz que estaba colgado detrás de la puerta, y fue a abrir, con expresión de enfado magistralmente conseguida.

—¿Se puede saber…? ¡Ah, es usted, Ignacio! —Su gesto de enfado se disolvió considerablemente—. ¿Ocurre algo?

—Pues no —hizo un gesto de disculpa el ruso—… Vaya, me parece que no he sido muy oportuno. Lo siento.

—Ante todo, buenos días —rió Brigitte—… ¿Quiere entrar?

—Pues…

—Vamos, no sea infantil —ella se apartó de la puerta—. Nadie se va a escandalizar por nada, amigo mío.

—Supongo que no —sonrió el ruso, entrando.

Brigitte cerró la puerta, y se quedó mirándolo expectante.

—¿Estuvo usted antes llamando a mi puerta? —inquirió—. Vino alguien, pero estaba en pleno baño, y no me apeteció abrir. ¿Fue usted?

—No —mintió Aksakov—… No, no…

Parecía entre decepcionado y mosqueado, y Brigitte sabía perfectamente a qué era debida esa actitud: al perder de vista a Galina Cherkova, Ignacio había corrido a la habitación de Brigitte Montfort, esperando conseguir la gran revelación respecto a la personalidad de la famosísima espía americana; pero ésta había actuado tan rápidamente que Aksakov no podía relacionarla con la pelirroja que poco antes había estado conversando con Matryoshka.

Así que ahora estaba decepcionado, y además posiblemente estaba pensando en salir del camarote y emprender la búsqueda de Galina Cherkova por todo el barco…

—Pues alguien vino a llamar antes. Supongo que pensó que no estaba, y desistió de seguir llamando. Bueno, ya que está usted aquí…

Sonó la llamada a la puerta. Aksakov frunció el ceño, y Brigitte emitió un gritito delicioso, corriendo a abrir la puerta. Ante ella quedó sonriente y guapísimo el norteamericano Ernest Riverdale, vestido deportivamente con una elegancia digna de una gran causa.

—Buenos días, Brigitte. Pese a que anoche…

Riverdale no dijo nada más, su mirada se desvió de la de ella, y Brigitte comprendió que estaba mirando el rostro de Ignacio Aksakov. Conteniendo una risa, Brigitte se apartó.

—Pase usted, Ernest.

—No deseo molestar —dijo fríamente Riverdale.

—No molesta. Ignacio acaba de llegar, y me parece que, como usted, viene a proponerme algo en que ocupar esta espléndida mañana… ¿Qué se les ocurre para divertirnos un poco? Oh, perdón… Ignacio Aksakov, Ernest Riverdale.

—¿Qué tal? —sonrió Ignacio.

—¿Aksakov? —murmuró Riverdale—. ¿Es usted ruso?

—De pies a cabeza.

—¡Mucho ruso es eso! —rió Brigitte—. ¿Cuánto mide exactamente, Ignacio?

—Metro noventa y dos.

—¡Qué horror! Pero bueno, Ernest tampoco es precisamente un enanito, ¿verdad? ¿Cuánto mide usted, Ernest?

—Metro ochenta y tres.

—Nueve centímetros de diferencia. ¿Qué son nueve centímetros de diferencia en la vida de un hombre? Nada. Bueno, vamos a hacer las cosas bien si les parece. ¿Por qué no me esperan los dos en el comedor, y me piden un desayuno ligero mientras yo me visto? Les aseguro que no tardaré ni siquiera diez minutos. Pueden ir conociéndose, hablen de cualquier cosa… Ignacio es periodista, así que forzosamente debe de tener habilidad para tocar muchos temas. Por cierto, Ernest, ¿a qué se dedica usted?

—Me parece que a nada que pueda interesar al señor Aksakov:

soy químico. Tengo algunos laboratorios en Estados Unidos.

—Verdaderamente, no parece muy amena una conversación sobre química —se condolió graciosamente Brigitte—… ¿Qué clase de laboratorios? ¿De medicamentos, tal vez?

—No. Detergentes e insecticidas.

—Le puedo contar un caso sucedido en Rusia respecto a un insecticida que causó estragos —dijo amablemente Ignacio.

—Celebro que hayan encontrado tema de conversación —rió de nuevo Brigitte—. Y ahora…, ¿serán tan amables de abandonar mi camarote?

El ruso y el norteamericano salieron al pasillo, y Brigitte cerró la puerta. Por fortuna, Aksakov no se había fijado en el vestido que había llevado Galina Cherkova, y que había permanecido a la vista. ¿O sí se había fijado…?

Apenas había comenzado Brigitte a secar sus cabellos tan precipitadamente mojados cuando sonó otra llamada a la puerta. Se acercó a ésta, y la abrió. Se quedó mirando inexpresivamente a su nuevo visitante: el hombre atlético de la boca torcida. Éste no le dio tiempo a decir nada: sencillamente, la apartó y entró, cerrando la puerta. Brigitte le miró con expresión sería, eso fue todo.

—¿A qué se está usted dedicando? —Gruñó el hombre—. Yo me paso el tiempo solucionándole problemas y usted sólo hace tonterías.

—Yo nunca hago tonterías, señor… ¿Puedo saber su nombre?

—Keith Preston. Y sí está haciendo tonterías. ¡Demonios, está usted relacionándose con todos los rusos del barco! Supongo que no esperará que uno de ellos le diga quién es Matryoshka. Tiene que encontrarla usted.

Brigitte contemplaba atentamente al hombre.

Sí, conocía el tipo: gente capaz de cualquier cosa. Y desde luego era norteamericano.

—No tengo ni idea de lo que está usted hablando, señor Preston.

—Dejémonos de bobadas. Usted es la agente Baby, de la CIA, y no se puede imaginar el asombro que eso ha ocasionado a ciertas personas. Como sea, lo es, y tiene que buscar a Matryoshka y eliminarla. ¿Correcto?

—Señor Preston —sonrió la divina espía—: desde que cumplí catorce o quince años, ahora no recuerdo exactamente, nadie ha

tenido que decirme nunca lo que tengo que hacer. Espero que no tenga usted la pretensión de ser la primera persona que me dé órdenes.

—¿Qué le pasa? —Gruñó el sujeto—. ¿No quiere matar a Matryoshka, después de lo que ella hizo con sus dos compañeros de la CIA? Oiga, a mí me están pagando por respaldarla, ¿sabe? Pero si usted…

—Permítame unas preguntas, señor Preston: ¿fue usted quien mató a la mujer que encontré en la bañera? ¿Y quien mató luego al hombre volándole la cabeza? ¿Y quien en ambas ocasiones se llevó los cadáveres y limpió mi camarote?

—Me pagan muy bien por respaldarla, ya se lo he dicho —sonrió el asesino profesional.

—De modo que ha estado usted haciendo todo eso —murmuró Brigitte—. Debo admitir que es usted muy eficaz. Y me gustaría hacérselo saber a la persona que le ha contratado, a fin de que le pague una buena prima extra. Dígame, señor Preston: ¿para quién está trabajando usted?

—¡Es usted muy lista! —rió Preston—. Mire, la persona que me ha contratado hablará con usted cuando lo considere conveniente. Mientras tanto, lo que tiene que hacer usted es matar a Matryoshka. ¿Es la gorda? Ya sabe, la que estaba anoche en el comedor con los dos sujetos guapos… Por cierto, uno de ellos ha desaparecido. Ya lo encontraré. Bien: ¿Matryoshka es la gorda?

—No. Matryoshka es una pelirroja delgada y muy guapa que…

—Déjese de tonterías, ¿quiere? Esa pelirroja es usted. Escuche, ¿quiere hacerme el favor de dejarse de comedias conmigo?

—Ya veo que es usted un hombre de muchos recursos, señor Preston. Y además, supongo que tiene algunos amigos que le están ayudando.

—Naturalmente.

—Entonces, ya sabrá usted que el barco está lleno de rusos… y de rusas.

—Lo sabemos. Pero no podemos saber quién es Matryoshka. Usted si puede. Descúbrala y mátela, eso es todo. Mis jefes quieren tener la certeza de que Matryoshka ha muerto antes de dar cualquier paso decisivo con respecto al profesor Kichief…, al que habrá que darle el pésame por su reciente viudedad. Tuvo usted una

buena idea al esconder el cadáver de la mujer del profesor. De momento lo dejaremos ahí.

—Celebro que apruebe usted algo de lo que yo hago, señor Preston. Dígame: usted no es un espía, ¿verdad? Quiero decir, que nunca ha intervenido en cuestiones de espionaje… Vamos, que para usted decir Baby de la CIA es como decir cualquier otro nombre.

—Tengo entendido —frunció el ceño con gesto socarrón Preston— que es usted una mujer muy peligrosa.

—Pero usted no se lo cree.

—¿Por qué no? —Amplió su sonrisa socarrona el asesino—. Pero mire, terminaría de creerlo si usted terminase su trabajo. De todos modos, si no se ve con ánimos de hacerlo, simplemente avíseme cuando sepa quién es Matryoshka, y yo me encargaré de ello.

—Tal vez fuese una buena solución. ¿En qué camarote está usted?

—Como de todos modos se enteraría, puesto que le he dicho mi nombre, se lo diré: 166. A propósito: ¿dónde ha pasado usted la noche?

—En un camarote que la CIA me proporcionó a nombre de Galina Cherkova, se supone que espía rusa.

—¿El 26 de primera clase? No, no ha pasado la noche allí. Uno de mis hombres la siguió hasta allí, en efecto, y cuando usted entró comprendió que tenía ese truco para pasar la noche segura, lo que era razonable después de que aquella rusa visitara su camarote y que yo tuviera que librarla de otro ruso. De modo que sabiéndola a usted en el camarote 26, a salvo, se retiró. Muy temprano, volvimos a custodiar ese camarote, así que mi sorpresa fue grande cuando otro de mis hombres me dijo que la pelirroja que había entrado la noche anterior en el 26 estaba en la piscina charlando con la rusa gorda… De modo que ¿dónde ha pasado usted la noche?

—La CIA me proporcionó todavía otro camarote. Señor Preston, entérese usted bien de quién es Baby, y comprenderá que cuando yo trabajo lo tengo todo previsto y no necesito ayuda de nadie, hasta el punto de que exijo en todo momento que no intervenga ninguno de mis compañeros, salvo en circunstancias especiales, que no es precisamente el caso de ahora. De modo que vamos a ver si entiende usted esto: si no he querido que me colocaran de respaldo a dos se mis muchachos, menos aún aceptaré que venga usted no a

respaldarme, sino, según parece, a darme órdenes, a decirme lo que tengo que hacer o dejar de hacer. ¿Me he explicado, señor Preston?

—Sí —gruñó el sujeto de la boca torcida, abriendo la puerta—. Pero mate cuanto antes a Matryoshka, o conseguirá usted que yo me enfade.

Keith Preston salió, cerrando la puerta. Brigitte estuvo unos segundos inmóvil, apretados los labios, gélida la expresión de sus ojos. Luego, recurrió una vez más a su pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos.

—¿Sí? —Distinguió la voz de Simón II.

—Simón, respecto al sujeto de la boca torcida…

—Lo tenemos ya. Bueno, hemos localizado a un sujeto de esas características, que al parecer ocupa el camarote 166 y se llama Keith Preston… Esperaba que usted nos llamara para decírselo.

—Están ustedes trabajando muy bien. En efecto, ése es el hombre. Él está trabajando para alguien que tiene a Kichief, y que desea fervientemente que yo mate a Matryoshka. Respecto a ésta, viaja en el barco con el nombre de Olga Kopansikova, y es gruesa y alta, de ojos azules. Es inconfundible.

—Hum. ¿Seguro que es ella? A mí me parece demasiado… vistosa.

—También yo soy vistosa, y hace muchos años que mucha gente pretende cazarme —sonrió Brigitte—. A veces lo que más se ve es lo que menos se mira, Simón…, y cada uno de nosotros, dentro de la profesión, tenemos nuestro estilo y nuestra técnica.

—En eso estamos de acuerdo.

—Lo celebro. Bien, de Matryoshka voy a encargarme yo. Ustedes van a dedicarse por entero a Keith Preston. Quiero saber con quién se ve, o habla, o se hace señas… Todo. Pero, Simón, tengan mucho cuidado, pues con Preston viajan algunos amigos suyos tan asesinos profesionales como él. ¿Está claro?

—Déjelo de nuestra cuenta. Le vamos a hacer un reportaje sobre la vida de Keith Preston en el Copérnico que nos va a matar usted a besos a los dos.

—¡De acuerdo! —rió Brigitte—. ¡Cuando todo esto termine los mataré a ustedes dos a besos!

—Tenga cuidado con Matryoshka. Ella no es cualquier espía, Baby.

—Lo sé. Pero yo tampoco soy cualquier espía.

Brigitte cortó el contacto, y procedió a vestirse y terminar de arreglarse rápidamente. Cuando apareció en el comedor divisó sentado a una mesa a Ernest Riverdale, y fue a sentarse ante él.

—¿Y nuestro amigo Ignacio? —preguntó.

—Dijo que tenía que ir a su camarote a buscar una revista que quería mostrarle a usted.

—Ah, sí. La revista *Tovarich*… ¡Qué tardísimo es! No suelo levantarme nunca tan tarde, pero a fin de cuentas un viaje por mar es para relajarse, ¿no es cierto?

—Sin la menor duda.

—¿Dónde están Pamela y Roger?

—En el gimnasio. Son unos entusiastas de la cultura física.

—Todo el mundo debería ser un entusiasta de la cultura…, aunque fuese física. ¿Hace mucho que Ignacio fue en busca de la revista?

—Lo suficiente para que podamos interpretar su tardanza —sonrió el apuesto Riverdale—: sencillamente, no desea competir conmigo, por muy alto que sea. Y en cambio, ahí llegan Pamela y Roger.

La espléndida pareja formada por Roger Wosley y Pamela se acercaban a la mesa, en efecto. Habían terminado su sesión de gimnasia de pesas, y tenían, según dijeron, un apetito «horrendo».

—Pero nadie me impedirá tomar mi aperitivo antes de almorzar —dijo Pamela—. Supongo que te quedas con nosotros, Brigitte. ¿Sueles tomar el aperitivo?

—Nunca antes del café del desayuno —replicó la divina.

Los Wosley quedaron pasmados. Ernest se echó a reír, Brigitte le imitó, y los Wosley, aunque todavía no comprendían la broma se echaron a reír a su vez.

Los viajes por mar son relajantes.

* * *

—Se va a asar viva —dijo Brigitte.

Olga Kopansikova, que parecía como desparramada en la extensible, abrió los ojos, en los que apareció un destello especial. Se quedó mirando a la espía americana, que había ocupado otra

extensible. Eran alrededor de las tres de la tarde, y el Copérnico navegaba a la altura de Lisboa, aproximadamente.

El sol comenzaba a ser agradable en verdad.

—Ah —dijo Olga—, usted es la amiga americana de Ignacio.

—En efecto. Por cierto, no he visto a Ignacio esta mañana, desde que vino a buscarme para dar un paseo por el barco. Tal vez se molestó porque también acudió a invitarme un amigo americano.

—¿Quiere decir que Ignacio no ha almorzado con usted?

—No. Ya le digo que no lo he visto desde… Casi debía de ser mediodía. Desde luego, era más tarde de las once. Le dijo a mi amigo americano que iba a buscar una revista a su camarote, pero pensamos que fue una excusa para no obligarnos a ser tres. Usted ya me entiende, señora.

—Sí…, la entiendo. —La Kopansikova se había sentado en la extensible, y miraba fijamente a Brigitte, crispando contenidamente los labios—. Según parece, ha encontrado usted unos amigos más apropiados o más de su gusto que Ignacio.

—No se trata de eso —frunció el ceño Brigitte—. Una persona puede tener todos los amigos que quiera sin que ninguno se moleste. Si Ignacio se ha molestado por tener yo amigos americanos, pues lo siento mucho. Salúdele en mi nombre si lo ve.

Dicho esto, la señorita Montfort se tendió en la extensible, dispuesta a tomar plácidamente el sol. Nadie iba a ganarla a ella en eso. Sabía que la Kopansikova la estaba mirando fija, obsesivamente. La oyó ponerse en pie y alejarse. Entreabrió los párpados, y vio su poderosa espalda. Muy bien, era de esperar que Matryoshka se enterase de dónde se hallaba Ignacio y qué estaba haciendo.

* * *

Ignacio Aksakov estaba muerto.

Yacía en la litera de su camarote, al cual había entrado por sus propios medios Olga Kopansikova. En el pecho de Ignacio, sobre el corazón, se veían claramente los impactos de tres balazos. El gigantesco y apuesto ruso, pasmo del pasaje femenino del Copérnico, conservaba una insólita belleza que parecía como hecha con piel de fruta. Había en su bello rostro una crispación de

sorpresa y de dolor a la vez. ¿Sorpresa? ¿Habían sorprendido a Ignacio Aksakov? ¿Cómo era posible que un buen espía como él se hubiera dejado «sorprender» en algo tan fundamental como proteger su vida en un viaje tan peligroso como aquel?

¿Quién y cómo había podido sorprender a Ignacio?

Arrodillada junto a la litera, contemplando de cerca el rostro de Aksakov, Olga Kopansikova endureció sus facciones en un gesto brusco. ¿Quién podía confiar a Ignacio y luego matarlo? La respuesta era sólo una: Baby.

En el momento en que Olga comenzaba a ponerse en pie oyó tras ella un rumor tenue que le reveló la presencia de alguien. Si hubiera sido una persona ágil, Olga habría saltado desesperadamente hacia un lado, porque supo que aquella presencia tras ella sólo anunciaba su propia muerte.

Pero no era ágil en absoluto. Era muy fuerte, pero no ágil. Vislumbró un destello metálico que pasó ante sus ojos, supo que la iban a degollar, y al mismo tiempo oyó cerca de su nuca aquel resoplido de fuerza que le sugirió, o mejor aún, le reveló con toda certeza que tras ella tenía una mujer. No un hombre, no: era una mujer.

Y en el mismo instante en que comprendía eso y tenía la mente ocupada con el nombre de Baby y con una remota sensación de miedo, el cuchillo se hundía paralelamente en la garganta de Olga Kopansikova, degollándola brutalmente. Olga cayó de bruces sobre el pecho de Aksakov, soltando un auténtico torrente de sangre. Por la tremenda herida, y por su boca desencajada, brotaron unos leves rumores, últimos sonidos de vida… Todavía tenía una vaga sensación, una lejana consciencia de vida, cuando el cuchillo asesino se clavó en su maciza espalda, justo sobre el corazón, con una fuerza tremenda, alcanzándolo expertamente y partiéndolo.

Todavía, pese a que Olga Kopansikova ya estaba muerta, el cuchillo sangrante se hundió por dos veces más en su espalda en busca del partido y ya inmóvil corazón.

* * *

Brigitte notó la sombra, comprendió que alguien se había interpuesto entre el sol y ella, y abrió los ojos. Esperaba ver a Olga

Kopansikova, de modo que se sorprendió realmente cuando vio ante ella al bon vivant, al amigo de las dos guapas bailarinas gemelas rusas.

El hombre estaba blanco como la nieve, y sus facciones se hallaban horriblemente demudadas. Brigitte se apresuró a sentarse en la extensible, olvidada del sol en el acto. El bon vivant se sentó, se dejó caer más bien, en la extensible que antes ocupara la Kopansikova.

—La han matado —susurró—… La han degollado. Y a Ignacio también lo han matado.

—¿Qué dice? —murmuró Brigitte, sintiendo frío en el estómago.

—Han matado a Ignacio y a Olga. Y me resisto a creer que haya sido Baby. Todo tiene un sentido, ¿comprende?, y una cosa así no puede hacerlo una espía de la categoría de Baby.

—Escuche, yo… no sé de qué me está hablando, señor…

—Llámeme León. Olga estuvo hablando antes con Baby, y sabemos que ustedes se conocen. Si usted ve a Baby explíquele esto, por favor. Ignacio y Olga están muertos en el camarote de él. Irina y Katia están allí, para que nadie pueda entrar. Sería terrible que alguien ajeno a esto entrara en el camarote y viese le ocurrido allí. ¿Me comprende usted?

—No… No señor, lo siento, pero no. Quiero decir que… que no sé de qué está usted hablando, pero que todo me parece… horrible.

León miraba fijamente los azules ojos de la espía americana, que vio en ellos el brillo de las lágrimas. Lágrimas de dolor y de rabia, de miedo y de furia. ¡Qué pasaje tan chocante el del Copérnico…!

—Se lo diré de este modo —murmuró León—: si usted ve en el barco alguna persona conocida, una mujer con la que se ha encontrado en ocasiones en recepciones diplomáticas y otras fiestas en los Estados Unidos, por favor, dígale lo que yo acabo de decirle. ¿Lo hará?

—No tengo inconveniente, pero…

—Gracias —se puso en pie León—. Muchas gracias.

León se puso en pie y se alejó. Ya no parecía un alegre bon vivant. Sentados en sendas extensibles, el hombre ruso de avanzada edad y sus dos jóvenes acompañantes, le miraban indecisos. Brigitte se puso en pie, y se alejó lentamente de la piscina. La señorita Montfort ya había tomado suficientemente el sol.

Capítulo VII

—¿Quién es? —preguntaron en francés a través de la puerta.

—Baby.

La puerta se abrió, y la espía americana, disfrazada ahora como Galina Cherkova, entró en el camarote de Ignacio Aksakov. Las gemelas Irina y Katia la reconocieron en el acto, y cerraron la puerta. Galina se acercó enseguida a la litera, donde Aksakov y la Kopansikova yacían tal como habían quedado al morir.

—Vamos a tenderlos en el suelo —murmuró Galina.

Katia e Irina la ayudaron, en silencio. Ignacio y Olga quedaron tendidos en el suelo, de cara al techo. La herida de Olga era terrible, el degüello había sido espantoso. El aspecto de Aksakov no era mucho mejor.

La mirada de Galina Cherkova iba de uno a otro cadáver… ¡Qué casualidad! Aksakov y Olga habían muerto como los agentes de la CIA Arnold Carnegie y Peter Lewison, es decir, uno acribillado a balazos a quemarropa y la otra degollada, y luego rematada a cuchilladas en la espalda. Eran unas muertes muy parecidas.

De repente, Galina Cherkova miró a las gemelas rusas.

—Nos guste o no, estamos juntas en esto, de modo que por mi parte pienso seguir así. ¿Están de acuerdo?

—Sí. Por el momento, sí.

—Bien. Procuren por todos los medios que nadie entre en este camarote, salvo gente de su grupo. Pero no se queden aquí siempre los mismos, vayan turnándose, para que nadie eche de menos a determinadas personas. Lamento muchísimo lo sucedido, créanme. Y si les parece bien, puedo asumir el mando de ustedes, en sustitución de Matryoshka. Si ustedes no me complican la vida espero resolver pronto todo esto, y les devolveré la fórmula del virus y esa maldita dosis.

—¿Usted haría eso?

—Desde luego que sí. Para mí el asunto está muy claro. Estados Unidos ya tiene suficientes armas, virus y mil porquerías más para acabar con el mundo en cuanto se lo propongan. No tengo la menor intención de provocar a Moscú robando una maldita fórmula. ¿Está claro?

—Sí.

—Bien —Galina sacó del maletín la radio, y efectuó la llamada—… Simón, ¿dónde está ahora nuestro hombre de la boca torcida?

—En el camarote 166, o sea, el suyo. Por cierto, tenemos unas fotografías de él que le van a interesar mucho.

—Me ocuparé de las fotografías más tarde. Y ahora, descansen un poco: yo me ocupo personalmente de Keith Preston —cortó la comunicación, guardó la radio, y miró a las expectantes Katia e Irina—… Recuerden: siempre debe haber alguno de ustedes en este camarote.

Sin más, salió. Cinco minutos más tarde llamaba a la puerta del camarote 166, tras haberse asegurado de que no había por allí cerca ninguno de sus Simones. Bien está trabajar, pero precisamente para trabajar bien también hay que descansar…

La puerta del camarote se abrió, quedando visible el propio Keith Preston, que sonrió al ver a la pelirroja de ojos verdes.

—Vaya —dijo con su socarronería habitual—… ¡Qué visita tan agradable! Precisamente estábamos hablando de usted.

—¿Sí? —murmuró Galina Cherkova, entrando y cerrando la puerta tras ella—. ¿Y qué decían?

Su mirada se clavó en el otro hombre que había en el camarote, un sujeto de la edad aproximada de Preston, y por supuesto de la misma catadura, es decir, otro asesino profesional.

—Pues, entre otras cosas —rió Preston—, decíamos que está muy buena, ¿verdad, Woody?

—Vaya si lo está —sonrió el tal Woody, mirando de arriba a abajo a Galina Cherkova.

La reacción de ésta fue sencillamente espeluznante, propia de una espía implacable y harta de sujetos de aquella calaña: sacó su pistolita de cachas de madreperla, apuntó a la frente de Woody, y disparó. La bala mató en el acto a Woody, derribándolo de espaldas en la litera, en la cual había estado sentado. Inmediatamente, la pistola apuntó al rostro de Preston, que se detuvo en seco en su

movimiento de llevar la mano derecha a la axila izquierda. Estaba lívido.

—Tal vez esté muy buena —susurró Galina—, pero mis intenciones no son buenas, Preston. Espero que lo haya comprendido a la perfección.

El hombre de la boca torcida miró a Woody, que había muerto sin enterarse de nada, y cuyos ojos contemplaban atónitos el techo. Preston se pasó la lengua por sus delgados labios, y regresó la mirada a Galina.

—Está bien —murmuró—, me equivoqué con usted. Pero usted también se está equivocando conmigo. Podemos llegar a un buen acuerdo.

—Bueno… ¿para quién?

—Para los dos —comenzó a sonreír Preston—. Oiga, es inútil que conmigo use pelucas y tonterías parecidas: yo sé que usted es Brigitte Montfort, y que además es la agente Baby. Además, tenía usted razón: al parecer es una persona muy peligrosa…

—No se canse hablando tanto —desconfió Brigitte—. Sólo quiero que me diga una cosa: el nombre de la persona o personas que le han contratado para intervenir en este asunto.

—Ernest Riverdale.

Hubo una crispación en la boca de Brigitte, un súbito enfriamiento de su mirada.

—Miente —susurró—… Usted sin duda me ha visto con Riverdale, y está tratando de ganar tiempo dándome pistas falsas.

—Le estoy diciendo la verdad —dijo Preston, siempre sonriente —… Ernest Riverdale contrató mis servidos y los de unos amigos para que hiciéramos todo el trabajo. Primero se trataba de matar a dos agentes de la CIA que él nos señaló, pero debíamos hacerlo de modo que todo acusara a la espía rusa Matryoshka, según nos dijo. Es decir, que debíamos dejar en la mano de cada agente de la CIA una muñeca de esas que se venden en Rusia como *souvenirs*.

—¿Con el objeto de atraer a Baby e involucrarla en este asunto?

—Claro. El señor Riverdale supo por el profesor Kichief que a éste lo iba a buscar la espía rusa Matryoshka. El profesor Kichief estaba muy asustado, se moría de miedo sólo pensando que Matryoshka iba a ir tras él… Dijo que si Matryoshka lo perseguía él podía darse por muerto, que ella nunca fallaba. Y entonces, el señor

Riverdale dijo que en Estados Unidos también había una espía de muy alta categoría, que ellos sabían…

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Bueno, pues la hermana del señor Riverdale y su marido, el señor Wosley. Los tres están juntos en esto, naturalmente. Tienen muchos negocios en Estados Unidos, son riquísimos…, y todavía quieren serlo más.

—¿Utilizando el virus del profesor Kichief?

—Supongo que tienen planeado algo al respecto, pero eso ya no lo sé. Lo mío es otra cosa.

—Ya. Lo suyo es matar, ¿no es así?

—Oiga, no se lo tome por lo trágico, ¿quiere? Tengo entendido que usted no es precisamente un ángel. Fue por eso que el señor Riverdale y su hermana y su cuñado idearon meterla en esto. Dijeron que sería buena idea meter a Baby en esto, para que se encargase de Matryoshka y que la rusa no le complicara la vida. Según parece, la única persona capaz de meter en cintura a Matryoshka era usted.

—Y para estar seguros de que intervendría asesinaron a dos de mis compañeros de la CIA en París. ¿Cómo sabían Riverdale y los Wosley tantas cosas de la agente Baby?

—Creo que tienen algunos amigos en el espionaje. Precisamente, fue por medio de uno de esos amigos que se las arreglaron para que unos agentes de la CIA en Moscú se enterasen del asunto, es decir, que el profesor Kichief iba a viajar en el Copérnico y que la agente rusa Matryoshka iría tras él sin la menor duda, pues o estaba ya en París o iba a salir inmediatamente de Moscú en vuelo especial. Era lógico suponer que los agentes de la CIA residentes en Moscú se apresurarían a avisar a París de todo el asunto.

—Sí, así fue —murmuró Galina Cherkova—… Precisamente yo me he estado preguntando cómo era posible que nos hubiéramos enterado con tanto detalle y tan oportunamente de todo el asunto. Y resulta que fue el propio Ernest Riverdale quien canalizó toda la información hacia Moscú para que nuestro personal de allá la remitiese a su vez a París. Todo muy bien pensado, muy astuto.

—Sí, la verdad es que sus amigos son muy listos.

—¿Seguro que usted no sabe qué piensan hacer exactamente con el virus del profesor Kíchef?

—No tengo ni idea.

—Muy bien. Mala suerte para usted, Preston: puesto que ya no me sirve de nada, voy a matarle. Usted mató a dos de mis comp…

—¿Yo? —exclamó Keith Preston—. ¿De dónde ha sacado usted eso? ¡No fui yo quien se cargó a los agentes de la CIA en París!

—¿No? ¿Quién fue?

Preston titubeó visiblemente, y por fin murmuró:

—Se lo diré si salimos de este camarote. Escuche, los Wosley y Riverdale son muy listos, ahora saben incluso que Baby es Brigitte Montfort, y sé que piensan sacar partido de esto. Se quedaron de piedra al enterarse, pero ahora ya están pensando en cómo utilizar a una espía de su categoría…

—¿Todo esto se lo ha dicho a usted Ernest Riverdale?

—Sí… Claro, él.

Brigitte ladeó la cabeza y se quedó mirando especulativamente a Keith Preston.

Luego, dirigió una mirada veloz y no menos especulativa en torno.

—¿Por qué quiere que salgamos del camarote? —inquirió—. ¿Hay algo especial aquí dentro?

—No me sorprendería que los Wosley hubieran colocado algún explosivo, o algo así.

—No diga estupideces. Ernest y su hermana y su cuñado pueden tener planes más o menos grandiosos y criminales para un virus, pero no son la clase de gente que va colocando bombas por ahí. De modo que no vamos a salir de este camarote hasta que usted me diga quién mató a mis dos compañeros de París. ¿Está bien claro esto?

—Bueno, yo…

El fino oído de Brigitte captó tras ella el levísimo chasquido del pomo de la puerta del camarote al ser movido, y su reacción no sólo fue implacable, sino que aterrorizó a Preston al leer en sus ojos lo que iba a ocurrir. Y ocurrió: Galina Cherkova disparó, metiendo la bala en el centro de la frente de Preston y derribándolo de espaldas en el piso. Al mismo tiempo, se volvía hacia la puerta, hacia la cual orientó inmediatamente su pistola de cachas de madreperla.

La puerta se abrió silenciosa y rápidamente.

Aparecieron entonces dos hombres, ambos empuñando una

pistola provista de silenciador, los dos con las facciones crispadas por la decisión de matar.

Plof, disparó de nuevo la espía.

El ojo derecho del hombre más adelantado reventó horrorosamente, y, al mismo tiempo, el que iba detrás lanzaba un grito, empujaba a su recién muerto compañero, y entraba tras éste en el camarote, dando traspiés. Galina Cherkova le apuntó dispuesta a eliminarlo también, pero el hombre cayó de rodillas, soltó la pistola, y se llevó las manos a la espalda, al tiempo que sus desorbitados ojos dirigían una mirada de estupefacción a Galina, que tampoco comprendía nada.

Pero de repente, en la puerta del camarote aparecieron las gemelas Irina y Katia, cada una empuñando una pistola, y ambas a la vez dispararon de nuevo contra el hombre, abatiéndolo, como aplastándolo contra el suelo. Terminaron de entrar y cerraron la puerta.

Irina miró a Galina Cherkova, y dijo:

—Les vimos llegar y ponerse a escuchar detrás de la puerta. Cuando sacaron las armas y quisieron entrar, comprendimos que usted podía llevarse un disgusto.

—Son ustedes muy hábiles siguiendo a una persona —admitió no poco mortificada Baby—. ¿Quién está en el camarote de Ignacio?

—León. No se preocupe.

Irina y Katia Evidentemente, Matryoshka sabía elegir muy bien a las personas.

—Tenía que hacerlo, ¿no le parece?

—De acuerdo. Si disponen de tiempo me gustaría que hicieran algo por mí: examinen este camarote, y seguro que encontrarán un micrófono y un receptor. Luego, averigüen en qué camarote estaban esos dos —señaló a los recién llegados—, y ya verán como encuentran otro equipo igual. Es decir, que ellos mantenían comunicados ambos camarotes, para prevenir contingencias; por eso Preston habló tanto y me contó tantas cosas, para confiarme haciéndome creer que estaba dispuesto a colaborar conmigo. Y la verdad es que él esperaba que sus amigos me matasen en cuanto saliera del camarote… Bien, hagan eso, pero una de ustedes permanezca en todo momento en el camarote. Debemos seguir con esa tónica de impedir que algún empleado del barco empiece a

encontrar cadáveres, o va a cundir el pánico en el Copérnico.

—Pero tarde o temprano los encontrarán.

—Las cosas pueden hacerse de muchas maneras —las miró amablemente Galina Cherkova—… Vamos a ver si solucionamos el asunto principal, y luego mantendremos los cadáveres ocultos hasta llegar a las Canarias. Una vez allí, alguien de la CIA subirá a bordo para hablar con el capitán, y ya verán como todo se resolverá discretamente.

—Nos parece bien.

Galina Cherkova asintió, y abandonó el camarote.

Capítulo VIII

Abrió la puerta del camarote de Ernest Riverdale, entró, cerró tras ella, y se fue directa al cuarto de baño, al que echó una ojeada. Luego regresó al centro del camarote, y miró en torno. Por supuesto, había una portilla circular que daba a la cubierta de paseo de lujo, y era lo bastante amplia para que una persona no demasiado corpulenta pudiera salir del camarote por ella.

Pero la portilla estaba cerrada, de modo que si cuando ella había comenzado a remover la cerradura de la puerta con su ganzúa había habido alguien en el camarote, tenía que continuar allí dentro. En el cuarto de baño no estaba. Debajo de la litera, tampoco, pues quien estuviera allí dentro no disponía de tanto tiempo para esconderse desde que cualquier empleado del barco empezase a abrir la puerta hasta que entrase.

Y sin embargo…, ¿qué mejor sitio que aquel camarote para esconder a alguien que los Riverdale y los Wosley querían mantener oculto? Finalmente, y por pura y simple lógica, la verde mirada de Galina Cherkova se clavó en el armario, al cual apuntó con la pistola.

—El camarote 143, a nombre de Emil Depardieu, está vacío —dijo—, y además bajo control. Pero dudo mucho que el señor Depardieu aparezca por allí, pues tiene un escondrijo más seguro. ¿No es así, profesor Kichief, alias Emil Depardieu? Aclaradas las cosas, escuche esto: si usted no ha salido de ese armarlo antes de cinco segundos lo voy a acribillar disparando a través de las puertas. Un segundo. Dos. Tres. Cuat…

La puerta derecha del amplio armario se movió. Brigitte apretó los labios, y mantuvo firme la línea de tiro. Pero no tuvo necesidad de disparar. La puerta terminó de abrirse, y el profesor Sergei Kichief salió del armario, lívido y tenso.

—No dispare —suplicó—… ¡No dispare!

—¿Dónde está Ernest Riverdale?

—No lo sé… Por ahí. No para mucho en el camarote, pues dice que sería sospechoso… Yo tengo que esconderme si viene algún empleado, y no sé nada más. ¿Usted… usted es Baby?

—Sí.

—Bueno, ellos… ellos me dijeron que… que estaba de nuestra parte…

¡Tiene que matar a Matryoshka antes de que ella…!

—Matryoshka ya está muerta —le cortó secamente Galina Cherkova—. Pero no la maté yo, profesor Kichief. La ha matado, a ella y a otro agente ruso, la misma persona que asesinó en París a dos de mis compañeros de la CIA.

¿Sabe usted quién es esa persona, quién es ese asesino?

—No… No, no.

—Pero conoce todos los planes de Riverdale y Wosley. ¿No es cierto?

—Bueno…

El sonido del llavín en la cerradura de la puerta del camarote precedió a la apertura de ésta. Ernest Riverdale entró tranquilamente…, y se encontró con la pistola de Brigitte apuntándole al rostro.

—Vaya —sonrió simpáticamente—, me alegro de verla…

Iba a decir algo más, mientras se disponía a cerrar la puerta, pero ésta fue empujada, y con ella Riverdale. Brigitte desvió inmediatamente la trayectoria de su arma…, que quedó ahora apuntando al recién llegado: el viejo ruso que viajaba acompañado de los dos jovencitos. El cual miró a Galina Cherkova, y dijo, en ruso:

—Puede llamarme Vladimir. Y no creo que vaya a disparar contra mí, pues soy lo bastante veterano para saber cuándo un adversario está jugando limpio.

—Cierre la puerta —murmuró Galina Cherkova—… ¿Estaba usted vigilando a Ernest Riverdale?

—Nos vamos repartiendo la vigilancia de los americanos, en efecto —la apacible mirada del anciano Vladimir se posó gélidamente en los asustados ojos de Sergei Kichief—… De modo que finalmente le hemos encontrado.

¿Cree que podremos arreglar las cosas para llevarlo a Rusia?

—No volveré a Rusia —jadeó Kichief—... ¡No quiero volver a Rusia, antes prefiero morir, no quiero caer en manos de la KGB! Marya y yo lo hemos decidido muy seriamente: ¡antes nos mataremos que volver a Rusia en manos de la KGB!

—Pues mucho me temo —dijo Galina— que va usted a volver a Rusia, profesor. Los americanos no lo queremos para nada.

—¿Se me permite una breve intervención? —dijo con tono divertido Ernest Riverdale—. A fin de cuentas, yo tengo algo que ver en todo esto.

—¿Sí? —Le miró Brigitte aviesamente—. ¿Y qué es exactamente lo que tienes que ver en esto, querido Ernest?

—Bueno, mi hermana, mi cuñado y yo somos... los financiadores de la operación. Teníamos contactos comerciales con algunas personas de Rusia, nos enteramos de algunas cosas, y cuando el profesor Kichief se puso a tiro le hicimos la oferta: vivir el resto de su vida en un paraíso terrenal con medios suficientes a su alcance para que pudiera, continuar trabajando y conseguir algún día el Premio Nobel..., para lo cual nosotros haríamos las presiones y recomendaciones oportunas.

—Comprendidos los motivos del profesor Kichief. ¿Y qué esperáis vosotros ganar con todo esto?

—Un continente —sonrió Riverdale—... ¿Te gustaría ser propietaria de un continente?

—¿De qué estás hablando?

—¿No te gustaría ser propietaria del continente americano? TODO EL CONTINENTE AMERICANO, desde Alaska a la Tierra del Fuego.

—Estás loco si crees que puedes controlar de algún modo tantos países y tantos millones de seres humanos —movió la cabeza Galina —. Ya he conocido otros chiflados ambiciosos como tú, y siempre fracasaron..., o les hice fracasar. Nunca permitiré que gente como tú controle a tantos seres humanos cuyas vidas...

—¿Qué vidas? —sonrió de nuevo Riverdale, encendiendo un cigarrillo.

—Calculo que hay unos mil millones de personas en todo el continente americano. ¿Estoy equivocada?

—Esas cifras no me interesan, por una sencilla razón: cuando nosotros tomáramos posesión de TODA AMÉRICA no habría en ésta

ni un solo ser viviente.

Vladimir estaba estupefacto, parecía no entender absolutamente nada de lo que decía Ernest Riverdale. Pero Galina Cherkova murmuró:

—¿Quieres decir… que proyectas utilizar el virus del profesor Kichief para exterminar a todos los habitantes de las Américas, sean personas, animales o plantas?

—Las plantas no morirían. Sólo los seres con sangre caliente, ¿me comprendes? Y en efecto, ése es el proyecto: terminar con todo vestigio de vida animal en las Américas, dejar vacío el continente, y cuando dentro de diez años los efectos del virus hayan cesado y todos los cadáveres se hayan corrompido y desaparecido, tomar posesión de la Nueva América, utilizando el Ejército y las relaciones subterráneas políticas que estaremos montando y organizando durante esos diez años. Querida: ¿te imaginas lo que ha de ser entrar en posesión de las Américas, con todas sus riquezas de petróleo, diamantes, plata, piedras preciosas, terrenos de cultivo, todo el parque automovilístico, la red de carreteras, ferrocarriles, los edificios, todo el armamento…? ¿Puedes imaginártelo? Dentro de diez años Ernest Riverdale será el presidente de Nueva América, es decir, de TODO el continente americano. ¡Adiós a Estados Unidos, Canadá, Argentina, Brasil, Méjico, Colombia…! Todo eso está a punto de terminar. Pronto fabricaremos el virus en uno de mis laboratorios, y cuando tengamos la suficiente cantidad lo esparciremos por todo el continente. ¿Mil millones de vidas? ¡Pero si la vida no es nada…! ¿Acaso no crees en la reencarnación, por ejemplo? ¿Qué importa morir, si dentro de un tiempo vas a regresar a la Vida? Y aunque no fuese así, ¿qué importancia tienen mil millones dé personas, si las personas no son nada más que animales vestidos y conduciendo automóviles? ¡Hay muchas personas en el mundo, no pasará nada porque el continente americano vuelva a aparecer virgen y fértil para que yo lo gobierne y acto seguido me apodere del resto del mundo! Aunque mueran mil millones de personas, todavía habrá demasiados seres humanos en el mundo para el año 2000. ¡Pero si casi podría ser considerado como un… gran benefactor demográfico de la Humanidad! —Riverdale se echó a reír—. ¡De modo que ya ves si tengo cosas que decir, y cuántas cosas gloriosas me esperan en mi espléndido futuro…!

Plof, disparó la espía más implacable del mundo.

La bala se alojó en el corazón de Ernest Riverdale, que enmudeció bruscamente y se quedó mirando atónito a Galina Cherkova. Plof, plof, disparó de nuevo Galina, metiendo otras dos balas en el corazón del americano. Éste, tras las breves oscilaciones al recibir cada balazo cayó de espaldas, rígido, como un poste, y quedó tieso en el suelo, con los desorbitados ojos echando una estupefacta mirada al techo del camarote.

Brigitte apuntó a la cabeza de Sergei Kichief.

—¿Quién tiene la fórmula? ¿Usted o ellos?

—Yo… La… la tengo yo…

—Muy bien. Entréguesela a Vladimir. ¿Y la dosis que sacó usted ya fabricada en Rusia?

—La… la dosis no… no sé quién… la tiene…

—¿Qué? —Respingó Galina—. ¡Y no tartamudee, maldita sea!

—La dosis… la tiene una persona que está en el barco, pero no sé quién es. Riverdale se la dio, para que la esparciera por el barco cuando llegase la hora.

—¿Esparcirla por el barco? —Palideció la espía—. ¡Por el amor de Dios, todos ustedes están locos!

—Ellos querían estar seguros de que la fórmula era correcta, de que el virus era todo lo eficaz que yo decía. Así que… prepararon todo para que la dosis actuara en el trayecto del Copérnico entre Dakar y Buenos Aires… Hay una persona que lo está preparando todo. En Dakar teníamos que desembarcar todos, y todo el mecanismo… funcionaría por medio de un mecanismo de explosión que…

—¡No me importa eso, hay mil modos de hacer esas cosas! ¡Quiero que me diga quién es esa persona!

—Ya… ya le digo que es la que ellos contrataron en París…, la misma que asesinó a los agentes de la CIA y contrató a cuatro hombres para que nos acompañaran en este viaje por si surgían dificultades… Esa persona es la que ha dirigido en todo momento a un tal Preston y tres amigos de él, es la que lo ha preparado todo siguiendo instrucciones de Riverdale y de sus hermanos…

—¡Usted tiene que saber quién es esa persona! —gritó casi histéricamente Brigitte.

—Le… le juro que no lo sé. ¡Lo juro!

—Por el amor de Dios… ¡Está bien, entréguele la fórmula a Vladimir, y mientras usted se queda aquí todos nosotros buscaremos a los Wosley y les obligaremos a decirnos quién es esa persona! ¡Vamos, entréguesela!

—Bueno, es que no… no la tengo escrita. Temía que me la quitasen y luego no cumplieran sus promesas, así que la fórmula la… la tengo aquí.

Sergei Kíchef se tocó la frente, haciendo comprender a Galina y Vladimir que conservaba la fórmula en la memoria. Vladimir movió la cabeza, y dijo:

—Siendo así, tengo instrucciones de no complicarme la vida llevándole a Rusia, profesor Kichief.

—¿Qué quiere decir? —Casi aulló Kichief—. ¡Mi esposa y yo…!

—Su esposa ha muerto —dijo Galina—: se suicidó. Y nos gustaría comprobar que tiene usted tanto valor como ella para hacer lo mismo.

Sergei Kichief no podía estar más pálido. Pero no se movía. Y, evidentemente, continuaba con vida. Vladimir encogió los hombros, le apuntó al corazón con la pistola, y apretó el gatillo. El tremendo impacto de la bala, de mucho mayor calibre que las de la pistola de Brigitte, derribó a Kichief como un pelele, soltando un diminuto volcán de sangre que relució un instante en el aire.

Galina Cherkova miró a Vladimir, y dijo:

—Vamos en busca de los Wosley…

—Esperemos llegar a tiempo.

—¿Qué quiere decir? —Se detuvo en seco la espía, tras dar un par de pasos hacia la puerta.

El anciano espía sacó de un bolsillo interior de la chaqueta un pequeño artefacto que Galina Cherkova identificó enseguida: era un pequeño micrófono con alcance para poco más de trescientos metros. Durante unos segundos la espía americana estuvo mirando el pequeño aparato sin poder reaccionar. Lo estaba entendiendo, pero se resistía a admitir la realidad de lo que entendía: Vladimir había llegado allí con aquel micrófono para que otros agentes rusos escucharan lo que se hablase en aquel camarote. Esos agentes rusos sabían ahora tanto como ellos, y sin duda se disponían a actuar en consecuencia.

—Oh, no —susurró por fin Galina—… ¿No puede comunicarse

con ellos?

—No. Lo siento, pero no. Pensamos que era suficiente esto del micrófono, por si surgían… dificultades. El micrófono es más fácil de ocultar.

—O sea, que sus compañeros estarán ahora buscando a Roger y Pamela Wosley.

—Me temo que sí.

—Tenemos que encontrarlos antes a ellos. ¡Tenemos que impedir que los maten antes de que nos digan quién va a activar esa carga que esparcirá por el Copérnico la dosis del virus! ¡No perdamos más tiempo!

Salieron del camarote, cerrando Galina la puerta, y apenas habían dado tres pasos cuando sonó otra puerta del alfombrado pasillo al ser cerrada. Los dos miraron hacia allí, y Baby se quedó mirando como alucinada a las dos personas que acababan de salir del camarote de Roger y Pamela Wosley.

—Lo siento —murmuró Vladimir.

La espía más peligrosa del mundo no podía dar crédito a lo que estaba viendo: las personas que acababan de salir del camarote de los Wosley eran los «nietos» de Vladimir, la casi niña de unos doce años y el jovenzuelo de unos dieciséis. Éste llevaba una bolsa deportiva colgada de un hombro. Los dos se detuvieron al verlos, miraron a Vladimir, miraron a Galina Cherkova… El muchacho era muy guapo, un adolescente encantador. La niña tenía los cabellos del color del trigo maduro, y unos dulces ojos castaños, muy grandes. Los dos resultaban tiernos, delicados, dulce y románticamente hermosos.

—Lo siento —repitió Vladimir—… Permítanos reorganizarnos, y la ayudaremos a encontrar a la persona que tiene la dosis. Hasta luego.

Vladimir se reunió con los dos jovencitos, y desaparecieron los tres por un extremo del pasillo. La espía americana fue al camarote de los Wosley, lo abrió, y desde el umbral se quedó mirando el trágico cuadro que ofrecían los jóvenes y hermosos esposos americanos, acribillados a balazos. La expresión más horrible correspondía a Pamela, que tenía los ojos casi fuera de las órbitas y un chorro de sangre brotaba todavía lentamente por un lado de su exquisitamente maquillada boca.

—Dios bendito —jadeó Brigitte.

Por un instante, sintió la rebeldía que le ocasionaba aquella decisión tomada por los rusos…, ¡por dos chiquillos, Dios bendito! Pero enseguida recordó que aquellos dos «encantadores» jovencitos formaban parte de un grupo a cuyo frente había estado Matryoshka, la cual, sin duda, era tan querida por todos los agentes de la KGB como la agente Baby lo era por todos los agentes de la CIA.

Muy despacio, Galina Cherkova cerró la puerta de aquel camarote, y segundos después, convencida de que ningún ruso la veía, entraba en el suyo, el M, es decir, el de la señorita Montfort.

Llamó por la radio.

—¿Sí?

—Simón, si no encontramos pronto a una persona va a ocurrir una horrible tragedia en el Copérnico.

—¿Qué persona?

—No tengo la menor idea.

—Pues estamos listos.

—¿Tienen las fotografías que tomaron a Preston?

—Claro. Son muy buenas, lo hemos fotografiado visitando prácticamente todo el barco…, pero desengáñese: no se le ve hablando con nadie, ni vimos que hiciera contacto especial con nadie.

Brigitte soltó un fuerte suspiro de desaliento.

—De todos modos, quiero que nos encontremos en el camarote de ustedes, para echarles un vistazo a esas fotografías.

* * *

A las diez de la noche, tras examinar una por una varias veces todas las fotografías tan meticulosamente que a los tres les dolían los ojos, el resultado obtenido era nulo.

Ciertamente, se veía a Keith Preston con algunas personas cerca de él, pero nunca en plan de conversación simuladamente casual. Se le veía en cubierta paseando, cruzándose con una anciana que paseaba un perrito; en el bar de la clase turista bebiendo algo en el mostrador, entre un hombre que llevaba unos rizos de lo más sospechoso y una preciosa muchacha que chupaba graciosamente de la caña de su refresco, se le veía adquiriendo cigarrillos;

apartándose para ceder el paso a un matrimonio de mediana edad en una puerta; mirando a una pareja de jóvenes sentados cerca de él…

—A veces no es necesario hablar —dijo cansadamente Brigitte—… Se pueden entender por señas, o dando golpecitos haciendo señales de morse, o simplemente con gestos convenidos que nadie más que ellos podrían entender…

—Eso ya lo sabemos —dijo Simón II—. Pero sea lo que sea, francamente, no me parecería razonable molestar a cualquiera de estas personas porque aparecen en unas fotografías cerca de este canallita.

—Molestarlas, no —aceptó la divina espía—…, pero tampoco perdemos nada haciendo unas discretas investigaciones sobre ellas.

—Podemos encargarnos de eso —bostezó Simón I—… Entre los dos conseguiremos esa información en menos de un par de horas. Mientras tanto, puede usted descansar aquí mismo.

Galina Cherkova asintió…, pero cuando, dos horas más tarde, los dos Simones regresaron, ella seguía despierta, pensando, buscando una solución. Claro que disponían de tiempo hasta llegar a Dakar, pero… ¿Y si la persona en cuestión, al enterarse de que había quedado sola, de que sus jefes habían muerto, desistiese de sus planes criminales? Bien, aunque así fuese, lo cierto era que había asesinado a dos agentes de la CIA en París, de un modo implacable, sólo para involucrar a Baby en aquel asunto. Y además, no, no desistiría de sus planes. Incluso seguramente se divertiría esparciendo el virus por todo el barco. Sólo había que ver cómo había matado a Matryoshka para comprender que era un sádico. Claro que si no encontraban a semejante monstruo podían evacuar el barco en las Canarias… Pero ¿les daría tiempo, o se apresuraría a activar el virus para «divertirse»?

—¿Qué? —se interesó Simón I—. ¿Se le ocurre alguna idea genial?

—La situación está muy mal —movió la cabeza Brigitte—. ¿Qué han conseguido ustedes?

—Nada. Es decir, nos hemos enterado de quiénes son las personas de las fotos, a qué se dedican… Hemos tomado unas notas. La verdad, a nosotros nos parecen personas corrientes.

Brigitte leyó las notas, asintió, y se puso en pie.

—Me voy a mi camarote a descansar —suspiró—. No se descuiden.

* * *

De repente, cerca del amanecer, la señorita Montfort lanzó una exclamación, y se sentó con agilísimo salto en la cama.

—¡Claro que sí! —Casi gritó—. ¡La tengo!

Este es el final

A media mañana, la muchacha apareció en la zona de la piscina, y fue a tenderse en una extensible, tras quitarse el albornoz. Apenas se había tumbado cuando apareció la pelirroja de ojos verdes, que se sentó en la extensible contigua y le tendió una fotografía. La bella muchacha, desconcertada, tomó la fotografía y la miró. Aparecía ella misma, sentada a la barra del bar de la clase turista, sorbiendo un refresco con una caña, sentada junto a Keith Preston.

—¡Ésta soy yo! —exclamó; y sonrió deliciosamente—. ¡Oiga, qué bien le ha salido la foto! ¿Se dedica usted a tomar fotos en el barco? Desde luego me la voy a quedar. ¿Cuánto cuesta?

—Es gratis —sonrió la pelirroja—. Considérelo un obsequio de la CIA. Concretamente, de la agente Baby. ¿Sabe de qué le hablo?

—Desde luego que no. ¿Es una broma?

—¿Sabe por qué me he fijado en usted, eligiéndola de entre las personas que aparecen en las fotos junto a Preston? Porque es una mujer. Y se me ocurrió esta madrugada que sólo una mujer podía sorprender tanto a dos agentes de la CIA y a un buen agente de la KGB. Y luego, ese modo de matar, degollándolos por detrás… Es un sistema traidor, más propio de una persona con escasa confianza en sus recursos físicos… ¿Comprende lo que quiero decirle, señorita Moresland?

—No… No.

—¿No? Bueno, usted viaja como Gladys Moresland, británica representante de productos de perfumería, pero me apostaría la vida a que en realidad es una expertísima asesina profesional que en determinado momento, quizá debido a su profesión visible, se relacionó con los Riverdale o con Roger Wosley, que tiene laboratorios, posiblemente alguno dedicado a la fabricación de perfumes… ¿Le molesta que fume?

La preciosa muchacha, simplemente, parpadeó. La pelirroja se

puso una boquilla en los labios, pero sin cigarrillo todavía. Cerca de ambas mujeres, Vladimir y sus «nietos» contemplaban la escena. Las gemelas y el *bon vivant* llamado León debían de estar custodiando los camarotes con cadáveres…

—En cuanto a la dosis del virus —dijo de pronto la pelirroja—, ¿será tan amable de entregármela?

—Usted debe de estar loca.

Galina Cherkova simuló una sonrisa que resultaba no poco pérfida, escalofriantemente siniestra.

De repente, desvió la mirada, y al hacer lo mismo la señorita Moresland vio a Simón I y Simón II, que acababan de aparecer en la zona de la piscina. Simón I mostró discretamente un pequeño paquete. Al verlo, la señorita Moresland palideció, y acto seguido su mirada regresó rebosante de odio hada Galina Cherkova, que sonrió de nuevo y dijo:

—Mis muchachos esperaron que saliera del camarote para registrarlo mientras yo me encargaba de usted. Y ya ve que han encontrado el paquetito que contiene el virus y su mecanismo detonante. En suma, querida, que ya no la necesito a usted para nada. Ahora, usted va a emprender un viaje…, pero no ciertamente a Nueva América, ¿comprende?

—Eres una maldita perra —jadeó la encantadora muchacha.

—Y tú eres un cadáver —dijo Baby.

Sopló en la boquilla, y enseguida Gladys Moresland se dio un manotazo en un lado del cuello.

Acto seguido, su mirada pareció envenenarse al posarse de nuevo en la pelirroja. Inmediatamente, se relajó, y quedó muerta debido al fulminante veneno del pequeño dardo disparado por la espía americana. Ésta se inclinó con gesto amistoso hacia la señorita Moresland, le cerró los párpados con toda naturalidad, y se puso en pie.

Puso en una mano del cadáver una muñequita «matryoshka» y sonrío perversamente.

Segundos más tarde se sentaba junto a Vladimir.

—Parece dormida, ¿verdad? —dijo amablemente—. Dentro de un buen rato un par de camilleros se la llevarán, dando a entender a los curiosos que la pobre señorita Moresland se ha desvanecido a causa de una levé insolación. Si le parece, mis compañeros tirarán

al mar ese virus, por supuesto herméticamente cerrado el recipiente. ¿Está usted conforme, Matryoshka?

—Sí. —Vladimir respingó—… ¿Cómo me ha llamado?

—Matryoshka. ¿Acaso no es usted Matryoshka? Y lo son estos dos jovencitos, y León, y las gemelas…, y lo era Ignacio, y Natascha, y la propia Olga Kopansikova… Todos ustedes son Matryoshka: un equipo que actúa con ese nombre cuando es conveniente. Un equipo que se va renovando cuando mueren algunos de sus elementos, un equipo siempre cambiable que mantienen en alto el prestigio de un nombre del espionaje ruso: Matryoshka. Un nombre que hace temblar a muchos…, y al mismo tiempo un prestigio para rivalizar con Baby. Pero no existe UNA Matryoshka, sino equipos sucesivos que van tomando ese nombre.

—¿Cómo ha podido saberlo? —murmuró Vladimir.

—Porque ni uno solo de ustedes tiene la talla suficiente para ser Matryoshka, empezando por la propia Olga.

—Bien —suspiró el anciano—…, ¡se acabó Matryoshka, entonces!

—Claro que no. Los espías que son como ustedes y como yo, es decir, los que procuramos evitar masacres y canalladas, no merecemos morir. De modo que no tema, no diré a nadie que Matryoshka ha muerto, ni lo dirán mis compañeros. Es más —sonrió afectuosamente—, si alguna vez un equipo como el de ustedes necesita alguien que les guíe en algún trabajo especial, que les aconseje bien, que les haga de madrecita…, pueden contar conmigo. Envíen un recado a la CIA firmado por Matryoshka, y yo entenderé.

—Estoy seguro de que lo dice en serio —sonrió Vladimir.

—Y tan en serio —sonrió la nueva MATRYOSHKA.

FIN

Notas

[1] Véanse las aventuras *El inmortal* y *Ciudad del Vaticano*. < <

[2] *Matryoshka* — Madrecita, en ruso. < <

[3] Véanse las aventuras tituladas *Su majestad Baby* y *Brigitte for president*!!! < <